



# UNA Y MIL BRUJAS

Lucía Gregorczyk

Gregorczyk, Lucía

Una y mil Brujas. - 1a ed. - Córdoba : el autor, 2016.

144 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-42-1537-6

1. Literatura. 2. Cuentos Fantásticos. 3. Literatura Fantástica.

CDD 863.9282

Fecha de catalogación: 29/07/2016



**Contamusa**

[www.editorialcontamusa.com.ar](http://www.editorialcontamusa.com.ar)

[facebook.com/contamusa](https://facebook.com/contamusa)

Ilustración: Paula Andrade

Corrección: Matías Zanetti

<http://hologramacomics.com.ar/>



Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-  
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Esta licencia permite copiar,  
compartir, distribuir, exhibir, modificar y crear a partir de la obra de modo  
no comercial, bajo la condición de reconocer a los autores y mantener esta  
licencia para las obras derivadas. [creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/  
deed.es](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es)

# UNA Y MIL BRUJAS

Lucía Gregorczuk



# Yo no creo en ellas, pero que las hay...

“La que hace mal a la otra; la que muestra intento dañino; la que mira de reojo; la que mira de frente con desenfado; la que sale de noche; la que cabecea de día; la que anda con ánimo triste; la que ríe con exceso; la disipada; la devota; la espantadiza; la valerosa y grave; la que confiesa con frecuencia; la que jamás confiesa; la que se defiende; la que acusa con el índice; las que poseen conocimientos de sucesos lejanos; las que conocen los secretos de la ciencia y las artes; las que hablan diversidad de idiomas”.

-Catálogo sobre arpías y hechiceras, circa 1486.

Cualquier persona, en cualquier lugar del mundo, ha tenido contacto con las brujas. Personajes picarescos, las brujas sobreviven a la invasión tecnocrática gracias a un elemento pequeño, primordial y que a simple vista parecería insignificante: el miedo. Toda historia de brujas está plagada de amenazas que, por otro lado, pocas veces se cumplen. Pero el miedo está ahí, agazapado, quizás disfrazado de ese característico gato negro que complementa al arquetipo de bruja.

La tradicionalidad, sin embargo, da paso a una historia (real) muchísimo más cruenta. El olor a carne quemada se adivina detrás de esa pancarta tan desgarrada, la Inquisición, y también aparecen a lo largo de las crónicas históricas brujas muertas a pedradas, empaladas, salvajemente desgarradas en cualquier cosa a la que se puedan aferrar (su sexo, su familia, sus animales, su trabajo). La mujer, ese ser misterioso, que sangra por una semana y sin embargo no muere, que tiene ese tenebroso encanto lunar (cuerpo celeste al que está atado, aún contra su voluntad), que se adivina como el objeto de tentación más deseado desde tiempos inmemoriales.

Helena de Troya es la figura por la que se desata una guerra que dura años. Penélope mantiene a raya a una horda de hienas que la quiere cortejar, esperando a su esposo. Baba Yaga se morfa pibes sin asco, vuela en un mortero y vive en una casa montada sobre patas de pollo. Circe transforma en cerdos a los hombres de un Ulises más impetuoso de volver a su casa que de comer costeleta.

La autora de este libro, por otro lado, no va por éste camino; no busca la tradición del aquelarre criollo, donde las brujas escupen un crucifijo al revés

mientras entran en la salamanca; no quiere narrarnos historias, tampoco, de mujeres que esperan porque sí, que empujan a los hombres al desastre porque sí, que tienen su venganza metamórfica por el simple motivo de ser malvadas. La bruja que escribió este libro tampoco niega esta realidad; la abraza, pero la acomoda para mostrarnos una veta nueva, quizás olvidada (adrede) por los cronistas y fabulistas. En todo caso, la bruja emblemática de esta autora sería Scherezade, la muchacha que salva su vida ante el sultán enroscándolo en narraciones y haciendo verdadera magia con sus palabras y su ingenio.

Porque uno intuye la magia en estas páginas. La huele y la ve (o cree verla, a veces) en todas partes. Pero la magia, la venganza y la primacía de la mujer no son el verdadero mensaje de este libro. El verdadero mensaje de este libro va por otro lado; va, justamente, por el lado de aquella niña aterrorizada por su muerte inminente que busca salvar su vida haciendo lo que mejor sabe: contar historias. Va por el lado de una mujer autóctona de nuestros sures, arrancada de todo y todos, violentada hasta el máximo y a la que también le han arrancado todas las palabras, menos una: ¡Basta! Es lo que gritan (con la boca, los ojos, los puños o los gestos) las brujas de este libro. Un libro que, ciertamente, obrará su magia de a poco, adentrándose en tus recuerdos en forma de olores, sabores, sensaciones y, sobre todo, esa hermosa y desconcertante sensación de familiaridad, de que esto ya lo leíste, lo viviste o te lo contaron.

Porque si algo nos queda claro gracias a esta bruja que escribe y te trajo a vos, lector, este libro a tus manos, es que las brujas siguen existiendo, y muy probablemente exista alguna mucho más cerca de lo que vos crees, en tu propio barrio, tu propia casa o tu propio círculo social. Sólo hay que abrir los ojos lo suficiente para verlas, pues eso mismo son; mujeres que, finalmente, han abierto los ojos.

Nicolás Viglietti

A mis Ancestras.  
A mis Muertitos.  
A mis Brujas.

También:

A mis abuelas, porque sé que este libro no les va a gustar..  
(cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia).



# La Niebla 1: Aroma a Manzana

El Dios único no la escuchaba.

Los viejos dioses no la escucharían... por haberlos abandonado.

Ni su alma natal, un pequeño castor, estaría con ella en ese momento.

Ni su madre, muerta por herejía, por bruja.

Ni su abuela, ni ninguno de sus antepasados.

Nadie la escucharía en aquel vacío de dolor.

La habitación era muy grande, de techos inalcanzables, antes blanca, ahora roja; antes silenciosa, ahora llena de gritos.

Sus hermanas la miraban desde el suelo con los ojos vacíos. Los labios abiertos. El alivio de la muerte.

La Madre Muerte...

Pero no se la llevaría.

Aún nadie se la llevaría.

Quizás la Última Madre le daría su beso, el abrazo esperado, cuando se encontrara frente a frente con el Gran Rey, su Rey.

Cuando vio el cuerpo de él desnudo, con el glande apuntándola,

todo su cuerpo cubierto de sangre, perdió la vista por un segundo. Rojo. Sólo veía rojo. Quiso llorar, no pudo. Apretó los párpados, tratando de escapar de él, de ellos.

Dejó de respirar. La muerte llegaría antes...

Pero no, aún había vida en su cuerpo.

Las manos la levantan, le separan las piernas, la sostienen por la espalda, le aprisionan las extremidades.

Sólo siente el hierro que se introduce en ella.

Unadelastantasherramientasquehabíaenlahabitacióndetechos inalcanzables, con pocos muebles, una cama con varios niños grises, unas mesas de tortura...

Atrapada. Introducida. Lamida. Doblada. Arrastrada. Escupida. Penetrada. Quebrada.

Una y otra vez.

Sólo abrió los ojos cuando su piel fue el reflejo del dolor. Ella era el dolor. El último silencio, la última de los inocentes.

Sólo abrió los labios para decir, no para recibir, no, no para tragar. Sólo para decir, mientras observaba a su Rey, su Señor.

—Viene por ti.

La Madre Muerte la abrazó y miró directamente a los ojos del Gran Rey. Ambas lo observaron en silencio. Y la muerte se la llevó. Por simple impotencia.

Llegó caminando entre la neblina de un día frío. Sólo la vestía la leve seda gris que se posaba sobre el camino y las manchas de sangre seca que llevaba como casco en su cabeza y armadura en partes del cuerpo.

En su mano izquierda un arco, una única flecha.

En su mano derecha un corazón de manzana, podrido.

Entró en el pueblo. Caminó la calle principal.

Los guardias la observaron como si fuera una aparición. No se atrevieron a detenerla.

La gente comenzó a salir de sus casas, un mudo llamado los había despertado.

La vieron avanzar, ser niebla y silencio que envolvía, que se posaba en todos, como una presión en los oídos, las gargantas, los cuerpos.

Se acercó a la casa del Tirano, seguida por el pueblo y los guardias.

El Tirano, el Rey, salió al balcón asustado, llamado por la voz muda. Estaba bañado en la sangre de los inocentes que habían participado en su orgía, y su rostro mostraba una mueca desencajada.

El pueblo que se reunía detrás de la joven lo observó, con horror y odio concentrados en sus ojos, ojos que quemaban al Tirano... como aquel llamado mudo que no dejaba de resonar en las entrañas.

El Tirano tembló, empalideció y se dobló sobre sí mismo. Se cagó encima.

Ella se llevó el corazón de manzana a la boca. Lo sostuvo entre sus dientes, alzó el arco, calzó la flecha. Disparó.

El Tirano esquivó la flecha y, entre sangre de inocentes y su propia cagada, se echó a reír. Reía, pero el silencio se tragaba el sonido, lo devoraba, hasta que devoró su voz y no pudo reír más. El terror volvió a abrazarle las entrañas.

Se inclinó sobre el balcón y la buscó, pero ella ya no estaba allí, no estaba entre la gente, con su corazón de manzana en la boca.

Él sabía dónde estaba: detrás de él, completamente desnuda, con sus cabellos negros, muy negros, tan raros en aquel lugar... y sus ojos del color de un árbol que se refleja en el agua.

Ella observaba. La muerte bailaba detrás entre cadáveres de niños y jóvenes que saciaron con su cuerpo y su sangre la gula del Tirano.

El Tirano giraba lentamente, tambaleándose. La figura de la mujer se recortaba contra el fondo rojo de la habitación de techos inalcanzables, con la mirada fija en la flecha.

El tiempo había sido destruido. Los sonidos no existieron nunca. El dolor ajeno era un animal que reptaba hacia él, subía por las piernas desnudas de la mujer, se enroscaban en la mano, llegaban a la punta de la flecha...

Sus miradas se encontraron.

Los ojos hielo—verde, hielo de agua podrida, buscaron el corazón de manzana en los labios, pasearon por las costras de sangre de cientos de Tiranos en el cuerpo de la mujer, encontraron el arco en una mano y la flecha con la punta de veneno de dolor en la otra, la magia en el sexo, los pies posados en un charco de sangre inocente que él vertiera, y se encontró en el reflejo del charco rojo y cagada floja.

Eso era él. Una defecación mal procesada por el cuerpo de su madre. Lo supo. El llamado mudo que quemaba su cabeza se lo dijo. Los niños y las jóvenes que se levantaban desde la sangre lo señalaron y se lo dijeron, con los ojos vaciados por el hambre del Tirano. Y ella se lo repitió con voz de niebla, que atravesaba la piel, se pegaba a los huesos y los destrozaba.

La flecha se incrustó en un ojo del Tirano. Gritó. Romper el silencio le costó las costillas, la piel se le hizo jirones, los pulmones comenzaron a asomarse. El dolor se le crispó en los dedos y las manos se retorcieron hasta quebrarse por el esfuerzo. El glande se le hinchó hasta comenzar a escupir sangre.

Comenzó a caer en pedazos, una lepra lenta, que se detenía en el tiempo destrozado.

Segundos, minutos, días, años...

La flecha volvió a su dueña.

Ella caminó sobre el cuerpo que se desarmaba. Apuntó su arco. Disparó la flecha y, con el corazón de manzana en la boca, la siguió. La gente del pueblo siguió la estela del manto de niebla que se alejaba de ese lugar de terror.

Detrás de ellos caminaban cientos de pueblos liberados de Tiranos, cuya sangre se posaba en el cuerpo de una mujer que seguía una flecha, con un corazón en la boca, con una manzana en el estómago.

Los pueblos caminaron detrás de la mujer vestida de niebla.

No conocieron el hambre, ni el cansancio, ni el frío en aquellos parajes tan hostiles.

Se conocieron entre ellos y conocieron a la mujer.

La última hija del primer tirano, había arrasado con cada uno de ellos para apagar el fuego que devoraba víctimas inocentes, que incendiaba a las vírgenes y convertía en cenizas a los niños recién nacidos.

La última hija del primer tirano había sembrado muerte a su paso, pero había liberado a miles.

Se decía que había tenido un hijo de su padre y que éste lo había asesinado.

Por eso amamantaba con sus pechos a los pequeños huérfanos.

Se decía que las manzanas brotaban entre sus dedos.

Por eso dejaba manzanas doradas en las cestas vacías.

Decían que había aprendido la compasión en su camino.

Por eso caminaba lentamente esperando a los más ancianos, los niños y los derrotados.

La hija del horror abría un mundo nuevo delante de ella y despejaba poco a poco la niebla del camino.

Entonces todos lo vieron. Vieron el sol, vieron la flecha caer y clavarse en amplias tierras sin nombre.

Las colinas abrazaban el valle. Lo protegían de la nieve y la lluvia punzante, y del otro lado repelían los enemigos. En el centro brillaba un gran espejo de agua alimentado por hilos plateados que nacían en las colinas y atravesaban el verde bosque, madera y madreSelva, que rodeaba el lago.

El pasto era brillante, de un verde nunca antes visto. Llegaba hasta las rodillas y hacía cosquillas en las narices de los más pequeños.

El silencio se rompió.

El tiempo volvió a pasar.

Los cuerpos volvieron a ser livianos, libres.

Los niños corrieron gritando de regocijo, las parejas de jóvenes y viejos se alejaron para esconder sus cuerpos entre las altas pasturas. Los que estaban cansados buscaron los árboles del bosque cercano para recostarse a su sombra. Las mujeres y hombres con niños pequeños los llevaron a darse un baño al gran lago cristalino que les daba la bienvenida. Algunos muchachos se sentaron en la hierba a contemplar. Algunas jóvenes se unieron en círculo a sentir.

Los soldados de todos los pueblos de tiranos muertos se acercaron a la mujer de la niebla, que observaba el cielo.

Un águila blanca cruzaba el cielo y en los pechos de los soldados, henchidos de llanto y decepción por haber servido a tanto señor bárbaro, cayeron gotas de dolor contenido. Lech los bendecía desde alas inmortales y les daba un nuevo hogar para comenzar.

La tierra exudaba calidez y vida. Sabor a menta y virginidad.

La tierra era de los pueblos liberados, y libres eran hombres y mujeres.

Ella sonrió a los que se acercaban, a los sabios que querían preguntarle tantas cosas sobre ella, sobre ese lugar, sobre el Gran

Camino que hicieron juntos en la niebla, desde la oscuridad hasta la venida de la luz, del agua, el árbol y la tierra... y de ella. Ella que estaba allí, echando raíces suavemente. Tan suave, que sólo los niños, atentos e inquietos, vieron los primeros brotes en los cabellos de la mujer. Lo señalaron a los demás.

Una joven mujer de ojos de cielo despejado se acercó con un pequeño cántaro y vertió sobre ella agua del gran lago. Y los que tenían trapos limpios que olían a miel y rosa, a niño recién bañado y pasto cortado se acercaron a ella y la lavaron.

Limpiaron sus manos, pechos y pies manchados de sangre de cientos de Tiranos. Desenredaron sus cabellos para que florecieran mejor. Limpiaron la muerte de ella, besaron sus manos, hombros y ojos. Vieron cómo el corazón de manzana en su boca se convertía en labios, se transformaba en madera, en flor, en fruto y toda ella, se volvía un árbol de manzanas amarillas.

El pueblo de pueblos allí fundó su hogar, a la sombra de un gran árbol que daría frutos en todas las estaciones del año.

Los corazones de manzana dieron cientos de hijos y la ciudad se sostuvo entre árboles y encima de ellos. Un nuevo bosque nacía en el valle olvidado.

Y ella durmió en el vientre de savia, meses, años, décadas, perdonándose a sí misma ser de sangre de asesino y asesinar para liberar.

# La Niebla 2: la Savia de los Siglos

En su alma retumbaba el dolor de la muerte, no la dejaría en paz.  
Era tan Tirana como los Tiranos.

¿Lo era?

Claro. Había decidido sobre la vida de los mismos Tiranos... pero había llegado sobre una nube de niebla, había caminado la nieve desnuda, había dejado árboles de manzana dorada en cada pueblo y el pueblo había desaparecido bajo las raíces de cada árbol.

Si miraba desde las nubes podía ver la copa de cada uno de ellos, de cada uno de los gigantes.

Porque podía mirar las cosas desde las nubes.

Y los árboles eran realmente gigantes.

Entonces...

La incoherencia de sus propias acciones la confundía.

El calor que la embargaba cada vez que ponía un pie sobre la cabeza de un Tirano aplastado, era casi obscuro. Era calma, sensación de paz.

No era correcto. Nada de lo que hacía estaba bien.

Sin embargo...

Acunada desde las entrañas del árbol, escuchó. Escuchó a los hombres y mujeres planear su hogar. Escuchó a los viejos y ancianas

hablar sobre ella y preguntarse qué tipo de deidad era.

Ninguna, se dijo. Era tan humana como ellos... pero...

Algo en ella se había encendido la misma noche que su padre había decidido desflorarla. La misma noche que la encerró junto con las otras jovencitas del pueblo... y lo sintió. Sintió el odio que le carcomía el vientre. Sintió el miedo de ellas y la ira que le subía por la espalda. Por ese miedo, por ese odio, por ese hombre.

Y con sus propias manos como garras le había destrozado la garganta. Así murió el primer Tirano, desollado por las manos de su propia hija.

Huyó con las jóvenes.

Llegaron al bosque de la antigua diosa. Allí descansaron bajo la sombra de los manzanos.

Ella tomó una de las manzanas amarillas.

—¡Es venenosa! —gritó una de las jovencitas.

Pero ella no la escuchó. La limpió y lentamente, frente a los ojos atónitos de las chicas, comió la manzana hasta raspar el corazón.

—No es venenosa si por ti se ha plantado uno de estos manzanos —dijo sin querer decirlo con una voz que no era suya.

Se supo bruja. Supo por qué el resto la observaba con horror y respeto. Deseaba cegar los ojos que reflejaban el miedo.

¿A qué le temían?

A ser libres. A ser felices. A ser mujeres. A ser naturalmente brujas.

Esto pensaba y recordaba en el vientre del árbol cuando comenzó a dormirse.

Dormiré mucho, se dijo.

Lo sabía.

En su sangre estaba la sangre manchada. Ella se haría parte del árbol para que la savia le lavara las venas y convirtiera en buen abono la podredumbre que tenía dentro.

Ella sería libre por completo de aquel que la concibiera.

Con él se irá su sangre. Y mi sangre será la de la tierra, se dijo, cerrando los ojos y abrazándose las piernas.

En algún momento, cuando ya la historia resonaba como un eco

tímido y respetuoso, en la boca de los ancianos que antes fueran niños y la vieran a ella, bebieran de ella y la sintieran; en ese momento llegó un joven capitán traicionado por su Rey, su propio hermano.

Sangraba, lloraba, maldecía.

La lluvia arreciaba encima de él y lo invitaba a rendirse contra el frío suelo, aplastado por las olas caídas de las nubes y el peso de la traición recibida.

No sería él peor que todos ellos, los que le dieron la espalda, pero sabía que el rey y su corte podían llevar la perdición a un pueblo oprimido y con miedo.

Y cayó, cayó cansado, maldiciendo y llorando junto a las mil gotas que le recorrían todo el cuerpo.

Se arrastró, peleó.

Y cuando pensó que no podía más con su cuerpo, la vergüenza y su memoria, no sintió más la lluvia azotándolo.

Siguió avanzando y en la oscuridad encontró un tronco cálido, unas raíces como nido, y abrazándose a aquel salvador que no permitía pasar el agua se durmió, durmió un sueño tranquilo en donde la niebla se despejaba de su camino.

La mañana se levantaba en el pueblo nacido de las manzanas amarillas.

Un hombre se encontró aferrado a un torso cálido, entrelazado entre piernas, cobijado entre brazos cálidos y cabello muy oscuro, muy largo, lleno de flores amarillentas, naranjas, rojas, verdes.

El hombre no temió. Absorbió aquel aroma dulce y ácido que se escapaba de la boca de la mujer aún dormida. Sintió el aroma a salvia y miel de abeja que anidó en ese largo cabello.

Se alejó suavemente, tratando de no despertar a aquel ser.

¿Árbol? ¿Dríade? ¿Mujer?

Los ojos color de un árbol que se refleja en el manantial se abrieron, dejando paso a la luz, a una sonrisa.

Por las venas de la mujer árbol corría la savia que había limpiado los males y el odio. De sus labios llegaba el aroma de la manzana madura. El cuerpo caliente emanaba la vida que se impregna al permanecer en un largo abrazo con la tierra.

La reconoció de cuentos de su infancia, nanas y canciones de niñez.

—La guerra... —murmuró él, con voz gastada, cansada—. La guerra se acerca a ustedes. Han oído de estos valles, han oído de su riqueza, han oído de sus mujeres... y de sus árboles... la guerra, se acerca.

Parecía a punto de desfallecer. Ella lo atrajo suavemente y él se aferró al cuerpo buscando paz, buscando descanso.

La mujer acarició los cabellos, inspeccionó suavemente las heridas y el brazo quemado, que nunca más llevaría una espada, la cara desfigurada por los golpes, el ojo cegado por el odio de la sangre.

—La traición te persigue... —murmuró ella, algo más allá de la realidad, entre los árboles y las hojas—. La traición no ha terminado contigo.

—Estoy muerto.

—Te tengo aquí, entre mis piernas.

El hombre se miró el brazo ennegrecido por las llamas, se tocó el ojo ciego.

—Estoy muerto. No soy nada. Ya no soy quien era.

—¿Un esclavo?

El hombre levantó el rostro, sorprendido. Un esclavo. No era más un esclavo de su hermano. No podría ser más un esclavo de un Tirano. No podría derramar sangre. No podría ser quien era. Un perro faldero. Un hermano fiel. Un hombre de confianza de su hermano, el rey, el grande, el Tirano. No. Era ahora un hombre roto. Desnudo. Destrozado.

Un hombre roto, sí, pero rodeado de las piernas de raíces, aferrado a un torso tronco, cobijado por brazos ramas y cabello hojas.

—Soy un hombre roto.

—Eres algo.

—Soy un hombre libre.

—Eres todo.

Ella se levantó y lo ayudó a ponerse de pie.

Delante se acercaba la tormenta que venía a destruir lo que codiciaban: las tierras, la riqueza, las mujeres, las manzanas.

Detrás el pueblo había despertado a un llamado y se había parado en la cima de las colinas que acunaban el valle.

Todos llevaban arco y flecha. Mujeres, hombres, niños, ancianos.

Todos llevaban una manzana amarilla en una mano.

Todos esperaban la tormenta que venía a quitarles lo que habían logrado reconstruir.

—Tus hombres te oirán cuando tu hermano caiga.

—No lo sé.

Ella lo observó, con una sonrisa.

—No pregunté.

La tormenta se acercaba. Comenzaba a devorar el agua, las tierras, lo convertía todo en dorado desierto.

¿No era eso lo que esperaba este Tirano?

Saquear la tierra de dorados tesoros. Comer los dorados frutos. Montar, destrozar, doradas vírgenes y niñas y niños de cabellos dorados.

Un desierto, la muerte, la destrucción, para aquel que encarnó a los Tiranos en su propio ser.

Se acercaba. A devorar. Tomar. Destrozar todo.

El hombre roto se apoyó en su propio cuerpo, desarmándose, quitándose el peso de la traición que lo perseguía y de la muerte que lo reclamaba, de la muerte que él significaba para los enemigos.

El hombre roto se sacó de encima las esquirlas del odio, del rencor, de la violencia. Se miró las manos. Una ennegrecida, la otra sana y hermosa. Y se sacudió el rechazo por lo que ya no era.

Se acercó al agua, desnudo de lo peor de sí y se bañó, tranquilamente, mientras el cielo se cubría de flechas doradas, doradas como todo lo que quería el Tirano, como todo lo que él deseaba.

El hombre roto se volvió agua, tierra, hombre, e iluminó el lago de espejo, alejó la putrefacción de la tormenta. El agua ahogó a los ejércitos de la destrucción, inundaron el dorado desierto y los llevó lejos, devolviendo el verde y la vida.

Y las flechas doradas, una y cada una, de los arcos de las mujeres, los hombres y los niños y los ancianos se clavaron en el tan dorado Tirano, dorándole hasta la sangre.

El pueblo libre caminó hasta los vasallos de la tormenta.

Los ayudaron a respirar, a sacarse el agua de los pulmones, la podredumbre de las cabezas, oídos y corazones.

El pueblo libre dio una manzana amarilla a cada hombre roto y juntos sonrieron libres.

La mujer-árbol-dríade-bruja ayudó al hombre del agua a salir.  
Reconstruido, reconocido, amado y curado por el agua, la tierra, él mismo.

Las manos se encontraron. Rama y quemadura. Agua y tierra. Un beso en la carne oscurecida quitó el dolor. Una sonrisa en sus labios con aroma a manzana madura encontró otra sonrisa.

Se amaron entre raíces, muy cerca del lago tan calmo como un espejo.

Llega la paz.

Fluye la magia.

Se convierten en árbol.

El pueblo será libre. Crecerá. Tendrá paz. Será olvidado. Caerá. Volverá. Morirá. Será libre. Será un sueño. Un anhelo.

Dentro de un árbol de manzanas doradas se unen dos personas, antes perdidas, ahora encontradas.

Dos sangres se vuelven savia, dos cuerpos se vuelven ramas, tronco y raíz.

Dos cuerpos se unen, se aman.

Dentro de un árbol de manzanas doradas, late una nueva vida.

Con la próxima tormenta, nacerá una bruja.

# El Fruto Prohibido

Tomó al hombre entre sus piernas y lo acercó más a las puertas del pecado.

Con tantos años bajo la sotana, era demasiado fácil.

Lo observó de costado, enredando sus dedos en sus cabellos vivos como las serpientes de Medusa, largos como enredaderas de la Madre Selva, marrones como la tierra misma.

Aquellos ojos pardos, oscuros por un lado, luminosos por otro, atraían como una trampa mortal. Y aquel hombre no dejaba de gimotear y balbucear palabras como “hereje”, “bruja”, “pecado original”, “serpiente, arpía, hija de Eva”.

No dejaba de gimotear porque sabía que estaba muy cerca de su propio final... ese final espléndido al que accedían muchos hombres, pero no éste. No, éste no. Este santurrón reprimido no...

Pero en ese momento... Sí... el santurrón accedió a las puertas del deseo y sintió en carne propia el calor abrasante del pecado en las piernas de aquella bruja.

Bruja, con mayúsculas.

Decía que no podía moverse, decía que todo era obra de la magia de aquella mujer, desnuda como vino al mundo, hermosa como el color

de un veneno cristalino, deseable como tantas otras feligresas impuras.

Y la más impura de ellas lo tenía atrapado.

Sin embargo, Ada reía, se sonreía y volvía a reír a carcajadas.

Grande era el ingenio humano y las maneras de justificarse de los hombres, qué fácil era autoconvencerse de que los culpables no eran ellos, sino las manos que les habían alcanzado la manzana.

Ada no le había dicho nada, pero en su lengua bailaban frases como “no somos el pecado encarnado, sino el objeto del deseo de tu reprimida mente”, “no estoy para seducirte, ni te he echado un hechizo que te inmovilice, sino que es tu propio deseo reprimido el que te lleva a atarte para poder desatarte”. Y así seguía su mente, hilvanando sermones para el Inquisidor atrapado entre sus piernas.

El pobre había venido del pueblo, con noticias (ciertas) de que ella era una bruja que traía sanos a los niños al mundo, que curaba el empacho y el dolor de muelas, que predecía el sexo de los nonatos y (¡encima!) acertaba, que curaba la falta de erección de los maridos y la infertilidad en las esposas.

Con gallardía y fuerza masculina había golpeado la puerta, para luego derribarla de una patada y allí se había encontrado con ella, desnuda y hermosa, tomando un baño caliente (como no hacía nadie en aquella comarca, ni en otro lugar del mundo conocido), con la chimenea muy cerca, encendida en un fuego de mil demonios.

Había esgrimido la cruz con vehemencia, mientras ella lo observaba con los ojos empequeñecidos por una mueca sarcástica y una sonrisa que más que burlona, era ofensiva.

La maldita se había levantado lentamente de la bañera cobriza, acercándose con movimientos de gato, mojando el piso de tierra apisonada, como si el frío no pasara por la puerta sostenida a duras penas de un solo gozne.

A pocos pasos de él, se le quedó observando con aquella sonrisa burlona en los labios.

Era joven y atrevido. Con el bulto bien marcado por sus modernas ropas y su sotana que le quedaba demasiado al cuerpo para parecer un pío padre de iglesia.

Él se quedó helado cuando los dedos finos se acercaron a su mano y acariciaron el crucifijo, apenas rozándolo.

A él sí le hacía frío, porque el viento le pegaba directamente en la espalda y el calor que exudaba su cuerpo se convertía pronto en transpiración congelada.

Se alejó un poco y dejó el crucifijo entre ambos, lo más firme que sus manos le permitían. Pero empezó a respirar agitado y casi echa un chillido cuando ella le lamió los dedos y el crucifijo, con la lengua más rosada que había visto en su vida.

Las piernas le fallaron y cayó al suelo...

Fue en ese momento que todo su cuerpo había “dejado de responder”, excepto por una de sus “extremidades”, que se mantenía firme... apuntando al cielo como un dedo acusador.

Dios... Dios... murmuraba el hombre desesperado, sintiendo que Dios lo había abandonado...

Dios... Dios... murmuraba cuando ya se había olvidado que su sotana existía, que Dios era su padre, Jesús su hermano y que el pecado original lo había ocasionado la imprudencia de los seres humanos en algo llamado... “paraíso”.

Paraíso era en realidad aquella habitación caliente, sofocante, la transpiración y el agua mezclada que caía del cuello de esa mujer, directamente sobre su lengua, sedienta, deseosa de esos labios rojos, de la lengua rosada, el fruto prohibido...

Fruto prohibido era la mujer, porque lo alejaba (lo estaba experimentado empíricamente) del padre, del hermano, de los hermanos, de la madre, del perro, del gato, de los recuerdos, de su abuela y del mundo y de vaya a saber qué coño había allá afuera, que ya no le importaba nada... sólo explotar allí mismo y en ese mismo instante.

La mujer se aquietó y se sentó tranquila con el dedo acusador muerto dentro de ella.

Lo observó unos segundos de costado, con un dedo golpeteando suavemente los labios, mientras intentaba evitar una carcajada que se hubiese escuchado hasta el pueblo.

El hombre yacía acostado, con los brazos desplegados como si estuviera en una cruz, pero con una sonrisa boba en los labios, que dejaban entrever una lengua deseosa y seca, los ojos en blanco, la nuez de Adán relajada, los cabellos claros y un poco largos desperdigados por el piso de tierra.

Ada se levantó con lentitud, se puso un vestido largo, se abrigó bien y avivó el fuego.

Tomó algunos frutos, un queso viejo y duro, un poco de pan de piedra (parecía una, realmente, gris, frío y endurecido) y se acercó a la puerta.

Lo observó con una leve sonrisa en los labios, unos segundos más, antes de decirle con un dejo de sarcasmo: —Y así es como el hijo de Adán volvió a cometer una tontería.

El joven logró levantar la cabeza para observarla confundido, y en su visión se interpuso el único miembro de su cuerpo que volvía a cobrar vida, cual Lázaro levantado de entre los muertos.

—La niña que ahora voy a crear en mi vientre será una bruja que nunca podrán atrapar... porque tus perros sólo olerán tu... —una risa traviesa se le coló entre la lengua— “casta” santidad en sus poros, tus maestros no la podrán tocar porque sentirán la pesada mirada de tu Dios en sus nuca... Y ella podrá huir por los bosques, mezclarse entre la tierra, las plantas y la maleza, gracias a lo que herede de mí —comenzó a reírse a carcajadas, mientras subía al negro caballo del joven Inquisidor.

Él aún no podía levantarse, no tenía fuerzas ni para pensar en lo que ella le estaba diciendo. Pero escuchó claramente que la bella mujer, que se escapaba de la justicia, de Dios, de los dogmas del fuego (diablos, ¡se escapaba de su vida!) le gritaba antes de irse:

—Gracias a ti nosotras viviremos, en tu sangre y en la mía, en esta pequeña que se llamará Muriel... Sigue encendiendo los cielos de fuego hecho de carne y grito de terror de miles de cientos de mujeres... que NUNCA podrás acabar con nosotras.

“Muriel”, fue lo último que el joven murmuró antes de desmayarse.

Los años pasan y él no la encuentra.

Se ha borrado del mundo de Dios, de los dogmas, de la Biblia, de los fuegos de la Iglesia.

Se ha borrado de su vida y él ya no es lo que es, porque siente que le falta algo, que ella se ha llevado algo consigo, algo de él, parte de su alma, corazón, sangre, mente... o de su vida.

Se ha llevado hasta el color de sus ojos, para dárselos a la pequeña.

Unos ojos oscuros, de algún antepasado hereje y moro, que le había legado aquel color tan profundo que ahora parece tan gastado...

Siempre que pasa por los mercados mira a las mujeres, observa sus rostros, cuenta las arrugas, para ver si adivina en ellas el paso de los años de aquella única mujer que lo destrozó.

Camina entre especias y colores vívidos, siempre lo hace, porque aquellos olores extraños y traídos de otros mundos le recuerdan a ella, al hogar atiborrado de hechizos, poemas y palabras pegadas a la pared, de ofrendas y de comida preparada por las manos de aquella mujer.

¿Cómo habría sido amarla? ¿Cómo habría sido llegar de cazar y encontrarse con las comidas preparadas por ella, por el lecho caliente, el cuerpo desnudo, la bañera llena para los dos?

¿Cómo habría sido vivir tranquila y dulcemente en pecado?

Preguntas que el paso de los años acentuaba, pero que sabía que lo iban a enloquecer por la falta de respuesta... pues el tiempo borraba todo, menos a ella...

La busca y parece encontrarla en el rostro de otras mujeres, pero cuando se acerca, ella se ha ido... era sólo un soplo de viento que le dejó una sonrisa perdida.

Con el tiempo (y el tiempo corre veloz) llegó a una comarca dispersa, acostada a la vera de un río caudaloso, donde algunos pescan y otros sacan agua para beber y regar.

Era un lugar extraño, en el límite con otro país o fuera del límite del propio.

Los observó atento, pues había aprendido a observar a la gente, para ver si encontraba lo que buscaba.

Allí las personas parecían limpias, sonreían y hasta parecía que habían comido bien ese mediodía... y la noche anterior... hasta, posiblemente, desayunaron...

Cada uno tenía su casa y no observaba al vecino más que para saludarlo cordialmente e invitarle algo. No observaban si el otro hacía o deshacía algo raro para denunciarlo en un parloteo incesante e

histórico sobre brujería y demonios y... cientos de alucinaciones.

Alucinaciones.

Miedo.

Mentiras.

Lo había descubierto al caminar, observar y dejar de lado la orden.

Miles de cientos de mujeres perdidas en medio de la sed de sangre y perfume a cuerpo quemado... por miedo a lo diferente.

Se acercó a una joven que cargaba un enorme balde de agua. Agua limpia, fresca, dulce.

La muchacha lo observó unos segundos y le convidó un poco.

Avergonzado, pues sabía que había puesto cara de idiota al observar el agua, tomó un sorbo y dio las gracias, tomó otro sorbo y pidió disculpas.

La muchacha sonrió.

Tenía el cabello largo como las lianas de la Madreselva y el color de la tierra, pero llevaba ensortijado cada grueso mechón de su cabello, como largas serpentinatas... con vida propia, como las serpientes de Medusa. Los ojos de la joven eran oscuros, oscurísimos, como el legado hereje de algún familiar...

La reconoció o creyó reconocerse en aquel cuerpo fuerte y recto, en aquellas manos seguras y firmes que podrían esgrimir una espada.

—La... he buscado...

La chica lo observó a los ojos sin un sólo ápice de sorpresa.

—¿Mu... Muriel?

—Sí, ese es el nombre horrible que me ha legado mi madre y que usted no fue capaz de corregir antes de que se le escapara de una manera tan soberanamente idiota. Es usted mi padre.

No era una pregunta. No hacía falta responder, sin embargo asintió.

—Y sabe que soy bruja.

Volvió a asentir.

—Sospecha que está en un pueblo lleno de brujos.

Volvió a asentir.

—Hijos de todas las mujeres quemadas y de los hombres que las quemaron.

Volvió a asentir.

—¿Y por qué usted no buscó a mi madre para quemarla? La hubiese encontrado, como todos los que buscaron a “las brujas”, lo hicieron,

¿sabe? ¿O es que me ha tocado en suerte un padre un poco inútil para la caza de brujas?

El hombre sonrió, después de mucho tiempo.

Le faltaban ya algunos dientes y estaba muy viejo, la poca edad que tenía se le había venido encima sin compasión.

La chica comprobó que estaba mal alimentado, con sed, pobre y sin sus insignias de Inquisidor.

—He... –tragó saliva con dificultad– He buscado a tu madre para amarla... no para quemarla.

Muriel levantó las cejas, sin sorpresa, como quien simplemente levanta las cejas.

—Y veo que eso lo ha achacado. Venga, Padre Desastre, venga, sígame y dígame su nombre.

—Ariel de...

—Sí, sí, ya sé que luego de su nombre siguen otros cinco más y si es de buena casa, por lo menos tres apellidos y el nombre de su perro –suspiró consternada, mientras tomaba la mano del viejo y lo llevaba a rastras hacia su cabaña–. Menos mal que mi madre no me puso Muariel, en honor a usted, porque bastante fea es la mezcla que hizo...

—Su madre no sabía mi nombre.

—¿Quién le mintió eso? –le respondió con esa sonrisa sarcástica que había soñado tantas veces y que rogaba volver a ver.

Lo ayudó a bañarse (el tercer baño que ese pobre hombre se daba en toda su vida), a vestirse y afeitarse.

Le dio de comer y beber y lo dejó dormir y descansar los pies embadurnados en menta, crema de leche de cabra y algunos mejunjes más.

Pasaron días charlando, cantando viejas canciones y observando los atardeceres pasar por el río.

El hombre le enseñó a leer y comprobó que efectivamente la joven sabía tomar una espada y dar certeros golpes.

También comprobó que él estaba muy oxidado.

Le enseñó lo que sabía, lo que debía y lo que no.

Le explicó sus descubrimientos sobre las mentiras, sobre el miedo y sobre el histerismo colectivo que la caza de brujas había generado.

Hablaron de política, del cielo y las estrellas, de la magia y de Dios.

Pero sólo cuando ya no hubo más que hablar y pudieron mirar el atardecer en silencio, él le preguntó por Ada.

—Duerme.

Fue la única respuesta de la joven y lo llevó a caminar por los bosques.

Bajo un alto y gris árbol, que parecía cantar cuando se agitaba, había una blanca piedra, rodeada de otras de color.

—Duerme. Se durmió de puro cansancio. No fue fácil llegar aquí y sufrió torturas cuando la atraparon. Logró escapar, me buscó en la casa de una vieja muy fea que me retenía y siguió huyendo. Perdió un brazo en una pelea, un perro que le tiraron le destrozó la parte de abajo del labio... Pero a mí nunca me pasó nada. Gracias a usted y a ella. Yo sabía hacia donde correr y sabía que podía correr tranquila. Sabía dónde buscarla si ella sobrevivía y sabía qué hacer en caso de que ella nunca volviera.

—Duerme...

—Sí, duerme —la joven tomó la mano de su padre, con un cariño que hasta el momento nunca le había dado.

—Duerme... ¿en paz?

—Duerme en este bosque, duerme acunada por este árbol, duerme en el vientre de la Madre...

—Duerme en paz... —afirmó Ariel apretando la mano de su hija. Ella asintió.

—¿Puedo dormir esta noche aquí?

—Esta noche y siempre...

—Gracias...

Se despidieron y él se durmió junto a la piedra blanca, rodeada de piedras más pequeñas y de varios colores.

Es noche cerrada y sólo se escucha el crepitar del fuego.

Él se levanta y sigue el sonido.

Toca con las yemas de los dedos la puerta de la cabaña, la acaricia.

Esta vez no golpea. Abre suavemente y sabe que ella está allí.

El aroma a especias, a pan recién hecho, a jabón y bosque, lo invaden. Sus ojos se llenan del fuego que crepita suavemente a un lado y se posan en la mujer que lo espera.

Aquella mujer de largos cabellos como lianas de Madreselva, del color de la tierra, con ojos pardos, luminosos como mil calderas, mil hogueras.

Está completamente desnuda, con el cuerpo mojado por el rocío cálido de aquella habitación llena de aromas extraños, de comida buena, de lecho cálido y chimenea vivaz.

Ella estira la mano y roza los dedos del hombre, toca el tiempo en cada arruga de su rostro. Besa suavemente los labios del que buscó para amar.

Duermen juntos.

En el centro de la habitación, dos piedras blancas rodeadas de otras de colores brillan esperando el amanecer.



# La Resurrección de Tunay

Tunay cayó arrodillada y un polvillo seco se levantó a su alrededor, un velo de tierra sedienta.

Buscó un lugar donde apoyar su cabeza y se arrastró hasta una piedra cercana.

Se acostó allí, para poder ver las últimas estrellas que vería en su vida.

Tunay estaba muriendo.

Había salido a dar una vuelta, caminar un poco el monte y se alejó, se alejó, hasta llegar a un punto en que podía dominar la vista hacia el río y su pueblo.

La furia la impulsaba a irse cada vez más lejos.

Primero caminaba como llevada por mil demonios, hasta que bajó el ritmo y ya solo pudo escuchar el ruido ensordecedor de su corazón bombeando a mil por hora.

El lugar estaba oscuro y más allá cantaban los grillos y los coyuyos, pero ella solo escuchaba los tambores de su pecho... y ese mismo sonido la relajó.

Ese sonido era el que sentía fuerte cada vez que nacía uno de sus hijos. No sólo era felicidad, sino también era el miedo a que no engancharan a su pecho.

Y nunca lo hacían.

La llamaban Tunay Río Seco, porque por sus pechos no corría leche. Y eran hermosos pechos, fuertes y dorados por el sol, pero el elixir de la vida le era negado.

Todos sus niños habían bebido de otras madres.

Al principio eso fue motivo de mucho dolor y frustración, pero su marido sonreía y le decía que al menos tenían niños y niñas fuertes y hermosos como ella y él. No parecía importarle realmente, por eso Tunay trató de dejar de lado su tristeza y lo tomó como un aprendizaje que en algún momento se revelaría.

Sin embargo, esa noche, cuando le había dicho a su marido que estaba embarazada de nuevo, él, grosero y molesto, le había recordado “su defecto”.

Estaba molesto con otros, por otra cuestión que no tenía por qué entrar a su hogar... pero Tunay había recibido el castigo de su rabia.

Contagiada de la rabia humana, salió corriendo, alejándose.

Ya no lo escuchaba, cuando él se dio cuenta de su error y salió a llamarla, arrepentido.

La soledad acompañaba a Tunay, el silencio del monte a su alrededor, el latido de su corazón, eco de su vida y de la vida en su vientre.

Llegó a las lomas coloradas y siguió subiendo, sin jadear, sin cansarse. Su cuerpo era hermoso y fuerte. Apenas transpirada, las estrellas se reflejaban en la tez cobriza y tersa de Tunay.

Corrió, corrió hasta la cima, rodeada del polvillo rojizo del camino...

Y no la vio...

La víbora se defendió contra lo que pensó era un enemigo natural, no se detuvo a observar que sólo era una joven que paseaba su rabia, para dejarla reposar en la tierra. No sabía que era madre de seis niños fuertes y bellos, que la esperarían ansiosos. Compañera y esposa de un hombre que la adoraba y que la buscaría por cielo y tierra.

Tunay tampoco se detuvo, reaccionó por instinto y mecánicamente. No se dio cuenta que la vieja estaba medio ciega, pero que era certera con la picadura, que era mucho más larga que su pequeño cuerpo y menos peligrosa que sus niños jugando con palos... a menos que picara.

Ambas se asustaron.

Tunay tiró el manotazo, la víbora tiró el mordisco.

Las dos dieron en el blanco.

Quedaron observándose unos segundos.

La joven mujer vio una enorme reina del monte, altiva, de ojos brillantes, que se elevó sobre sí misma como sorprendida, con la boca bien cerrada y la cabeza hacia abajo, como sopesando la situación.

Tunay sabía que ese tipo de víboras, la yará, raramente mataba a la gente cuando la picaba... pero aquella... aquella era una reina, era enorme. Era la dueña de aquellos suelos. Temió, temió por su vida.

Se le congeló el corazón cuando comenzó a sentir cada vez más fuerte, en su torrente sanguíneo algo extraño, algo contra lo cual su cuerpo luchaba.

La yará observó asustada y comprendió. Aquello no era un enemigo ni un depredador, sólo una simple humana asustada, como ella, vieja tonta que últimamente disparaba su fatal flecha sin preguntar.

¿La habría matado? ¿Estaría muriendo? Su fría sangre se heló aún más al saber la respuesta. No le gustaba, no le gustaba nada... Pobrecilla, era joven, seguramente tendría niños... y...

Tunay comenzó a llorar y se llevó la mano al vientre.

La víbora entendió.

¡Ay, maldito el diablo que le había dado esos dientes y más maldito el que le había permitido picar más fuerte que las demás!

La yará intentó acercarse, pero sólo logró asustar a la chica aún más.

La vieja pensó un momento, bajó su largo y grueso cuerpo a tierra y disparó hacia el monte abierto.

Creyó escuchar que la muchacha murmuraba “no me dejes”, pero lo mejor era partir y pedir ayuda urgente. La niña y su niño se morirían por su culpa si no hacía algo y su viejo y enorme corazón no podría resistirlo.

Tunay cayó de rodillas, levantó esa leve estela de polvo rojizo de las lomas sedientas de agua. Desde hacía meses que esperaban las grietas por un poquito de favor del cielo y desesperadas absorbieron las enormes lágrimas saladas de Tunay.

La chica se acostó y observó los cielos.

Arriba las brillantes estrellas, almas y creadoras de este mundo, la miraban desde sus gradas del cielo.

Sentía la sangre cada vez más caliente y sabía que por allí corría el veneno, la quemaba suavemente por dentro, como un tronco húmedo que lentamente se deja lamer por las llamas.

Temió por su niño y temió aún más por los niños que crecerían sin ella.

Le pidió a las estrellas, a las deidades que andaban por sus pagos, que la ayudaran, que no la llevaran aún. Tenía que saber por qué sus pechos no daban leche, cómo crecerían sus pequeños, con quién formarían pareja, ¿tendría hermosos nietos como sus hermosos niños?

Tunay lloraba y la tierra absorbía sus lágrimas, ávida de más de aquella dulce-salada agua, triste y cristalina.

La yarárará parecía sobrevolar los campos de tierra quebradiza.

Iba lo más rápido que su enorme cuerpo le permitía.

Buscaría a la mujer. Sí, a esa mujer que un día la había desenroscado de los pinchos de la tusca caída en la cual se había enredado.

Una dulce mujer. Un enorme perro blanco.

Sí, la mujer se convertía en un enorme perro blanco y corría libre al lado del Misky Mayu, durante la noche, acompañada de las bestias.

Y allí estaba: Encarnación. Ladrándole a las lechuzas, que jugaban con ella. Gruñéndole a los coyuyos dormidos, para que cantaran su canto también de noche y asustaran a los hombres, augurando una mañana calurosísima e insoportable.

La yarárará llegó y se encontró frente a frente al perro blanco y enorme que le gruñó feroz.

La vieja víbora la observó de costado, no esperando ese recibimiento.

Pero de repente Encarnación comenzó a saltar alegre y joven de un lado al otro, ladrándole en forma de bienvenida.

La vieja le contó a la bruja el enorme error que había cometido.

Encarnación levantó la cabeza, asintió y salió corriendo a todo trote.

Sus patas de perro eran jóvenes y fuertes y siempre lo serían. Pero prefería presentarse ante la joven con su forma humana, porque

sabía que la gente inventaba cosas buenas y cosas malas sobre ella.

Pasaba lo mismo con todo espíritu. Nunca se sabría si era realmente malo o bueno o si hacía maldades por un bien mayor, hasta que uno se lo cruzara en el camino. Así eran esas tierras.

Encarnación, en realidad, era una anciana dulce y solitaria. Vivía en su choza alejada de los escándalos de su gran familia criolla.

Ella ya había cumplido con su papel, ahora era libre.

Encarnación vestía siempre de blanco y blanco era su largo pelo, que llevaba peinado hacia atrás. Parecía una cascada de espuma fina que salía de su cabeza y descansaba sobre su espalda. Por ahí, se veían algunos hilos de plata o el recuerdo de levísimos mechones negro-noche que antaño era su cabello.

Sus ojos eran pequeños, escondidos por arrugas, pero brillantes, negros como tizones, piedras preciosas pulidas hasta que parecían estrellas de alguna galaxia oscura... pero extrañamente llena de luz.

Su mirada era perspícaz, rápida.

Podía adivinar en el viento cientos de colores, encontrar rápidamente la serpiente que se mete en silencio en el rancho, atrapar la vinchuca antes de que hiciera daño.

Con su mirada podía callar al que chistaba desde la nada y metía miedo a los hombres que iban a caballo.

Más de una vez se había trezado en una pelea de ladridos y cornadas con el toro de los montes, que sólo andaba por ahí para hacer daño.

Ni qué decir de las noches bailando y cantando para la llameante y hermosa Telesita, en montes perdidos donde pocos podían entrar.

Decían que escuchaba a las almas en pena y les cantaba para calmarlas. Cantaba en quichua, que había aprendido de niña de las mujeres que habían trabajado en la casa de sus padres.

Y las almas le respondían con secretos y le iluminaban la mente con verdadera sabiduría.

Decían también que había vivido en la opulencia de las grandes familias criollas. Cuando se había liberado de la responsabilidad de los hijos, la familia y el marido, se había alejado de todos, cansada de tener su alma aprisionada, para volver a ser parte de la tierra y devolverle a la gente lo que había aprendido de las hermosas mujeres originarias.

Decían, por eso, que ella sabía curar.

El monte ya no tenía secretos para ella, ni las plantas traídas del extranjero, ni las pestes que podían asediar las tierras. Para ella la muerte era algo que venía naturalmente y no por la enfermedad.

Por eso mismo se había agarrado con la muerte en largas divagaciones sobre sus funciones en la tierra.

Por eso mismo hablaban de la vida y la muerte como un ciclo, a veces injusto, a veces necesario.

Por eso mismo, en ese tiempo que ella pisó la tierra, en su vejez de bruja curandera, ningún niño sufrió hambre, ni frío, ni enfermedad, y ninguna madre pasó el dolor de perder a su niño.

Al menos las discusiones con la dientuda blanca habían servido de algo, decía.

La luna llena menguaba ese día, pero le permitía ver más allá de todo camino.

Las estrellas la conminaban a apurarse y la vieja convertida en perro joven y enorme refunfuñaba: “que ya llego, che, que ya llego”.

Y llegó junto a la agonizante Tunay.

Conocía a la chica.

No había magia que le curara los pechos secos.

“Mucho pecho medio en balde”, le había murmurado a la bruja de la tribu de Tunay y ambas habían coincidido en este punto.

Pobre pequeña, ¿qué la había llevado a aquel lugar a encontrar la muerte?

Seguramente alguna pelea, siempre se iban a dar una vuelta por eso, para no pelear y pensar con la claridad de la luna. Esa era una buena luna para pensar... pero la noche no había sido la mejor...

Pero a veces hay que parar el enojo y pensar que más allá de las tierras familiares, de noche, el monte es el monte y no tiene compasión de nadie.

Esconde en sus sombras los peligros y refleja luces engañosas con los brillos que se reflejan en el campo.

Ni qué decir las noches sin luna, en donde sólo los animales podían reclamar caminar por sobre la tierra.

Encarnación se presentó vestida de blanco y antes de acercarse se peinó un poco los cabellos alborotados por la carrera.

Ser bestia la divertía, pero le dejaba las manos y la nariz llenas de tierra.

Encarnación se sentó junto a Tunay, que ya la observaba como si fuera una aparición, blanca y brillante. Una estrella caída, seguramente pensaría la niña.

—Ay, no queridita, que todavía no he estirado la pata.

—Ah...

—Vos estás a punto.

—Ah...

—Pero bueno, eso se puede arreglar. No hace falta que la buena señora te lleve aún —la muerte, parada junto al único árbol de la zona, la observó con los ojos muy abiertos. Parecía una viejita oscura, un palito vestido de negro, con una cabeza blanca, blanca.

—Sí, sí, vieja chocha. ¿Cómo te vas a llevar a esta niña por la mordidita de una yará?

—Era una yará gigante... —murmuró Tunay.

—Gigante sí, venenosa también, pero no por eso te tienes que ir. Si no, ¿cómo vamos a averiguar qué te ha secado los pechos?

Tunay sonrió débilmente.

—Si me muero, nos morimos dos...

Encarnación observó su vientre.

—Sí... lo sé... —se levantó con asombrosa agilidad para su edad—. Manos a la obra. Vamos, vieja amiga, que usted se lleva a la gente, pero también a veces la devuelve. Así que me va a ayudar.

La muerte blanqueó los ojos (o esa impresión tuvo Tunay) y dijo algo como “le dieron mucha cancha libre a esta vieja curandera”.

—Y vos estás contenta de que no te deje parecer la mala de siempre. Aparte, hablo tan bien de vos, que todos entienden que sos necesaria y por lo tanto, sos buena.

Juntas pararon a Tunay, que de repente pudo sostenerse sobre sus piernas. Ya no sentía el torrente dentro.

Algo suave y caliente le recorría el brazo y, como una serpiente que se enrosca, su sangre salía de la herida, dando vueltas, hasta llegar al codo y caer en gotones al suelo.

Observó la sangre envenenada salir, salir, hasta que paró.

No había más herida que dos puntos y una levisima marca roja de una serpiente impresa en la piel.

—¿Y?

—¿Y qué, niña?

—¿Nada más? ¿Ya me curé?

—Ah, ¿pero vos qué te crees? ¿Que esto es cuestión de fuegos fantásticos, rituales de sangre, algún sacrificio o cosas por el estilo? Estás juntándote demasiado con las esclavas de los españoles de la zona. Esos les meten cualquier cosa en la cabeza a las pobres.

—Yo... pensé que iba a ser algo... más “difícil” –dijo tímidamente.

Las dos viejas se echaron a reír.

—No, no. La magia es fácil si se cree en ella con todo el fuego del alma. No se necesita mucho más –señaló con la barbilla a la muerte del otro lado-. Aparte, tuvimos una gran ayuda.

La joven miró a la muerte y no le temió.

Era una viejita dulce, de ojos muy oscuros, como dos cuentas de vidrio opaco, de agradable sonrisa.

—Te voy a esperar sin miedo, mama... –le dijo con ternura Tunay y le dio un beso en la frente.

Caminaron, bajando suavemente la loma, acompañadas por el suave viento nocturno que refrescaba un poco el calor de la tarde (un poco).

Se despidieron cerca del pueblo y Tunay volvió a su hogar, tranquila, sonriente...

Sentía mucho dolor en los pechos y el vientre tenso.

Su marido la estrechó amorosamente en sus brazos y le pidió de mil formas mil perdones.

Días después, un grito de guerra salía de la boca de la primera hija de Tunay que lograba agarrarse ávidamente de su pecho.

Miel de chañar, leche, veneno y magia, eso bebería la pequeña durante sus primeros años.

Hija, nieta y hermana de los últimos descendientes del primer pueblo. Guerrera, bruja y amante... eso decían las estrellas.

Tunay abrazó a su hija mientras le susurraba lo que decían los cielos sobre ella. A su lado, su marido cantaba una suave canción para calmarlas. Cerró los ojos, la magia, las envolvía.

Tunay sintió la vida fluir por ella, por sus pechos llenos de vida, por el pequeño cuerpo que se apretaba contra su corazón y vio la última esperanza de libertad depositada sobre la frente de su hija.



# Quando las Mujeres Despierten

Llegaron antes de que el invierno se pusiera aún más crudo.

Rearmaron la casa de la vieja Moie, que se estaba derrumbando y apeataba al cuerpo de Moie... la vieja había fallecido antes del primer frío y nadie se había atrevido a entrar y darle una sepultura digna.

A veces era así, la ley de la selva... la ley del frío o del que logra llegar a la primavera, gana.

Pero él era un hombre fuerte y se había encargado de darle sepultura a la vieja viuda y solitaria.

Se llamaba Iurguen, era pequeño pero macizo, con cabello muy negro y lleno su rostro de barba y bigote, bien recortada, casi pegada a las mejillas.

Su rostro era cuadrado y serio, su mirada era profunda y furiosa, enmarcada con dos cejas bien pobladas.

Todo su aspecto era fiero y ella, su esposa, parecía una chiquilla salvaje, con el cabello marrón-rojizo desordenado en ensortijados resortes, pero más allá de que era una pareja “un tanto” temible y extraña, tenían el semblante de dos personas nobles. Y dos personas nobles caídas en ese pueblo eran refugiados.

Pero ni Iurguen ni su esposa Ada eran ni nobles ni refugiados.

Sólo buscaban un lugar donde quedarse y donde esperar la criatura en el vientre de Ada.

El rumor de guerras y las reales columnas de humo que se veían a lo lejos, los impulsaron a buscar lugares más tranquilos.

Así, atravesando bosques, estepas de frío y más bosques, habían conocido pueblos amables y lugares de lo más hostiles.

Cuando llegaron a ese lugar, Ada suspiró y dijo: “es aquí”.

La vieja Moie la había “llamado” en algún sueño y les había dejado en su hogar sus cosas y su buen humor. Porque la vieja siempre reía. Se reía de los otros y de sí misma.

Moie había dejado su cuerpo allí para que nadie entrara a profanar su hogar.

No le hubiese importado si no fuera porque sabía que en algún momento llegaría alguien que necesitaría ese hogar, total, ¿para qué necesitaba las cosas de los vivos?

Y allí estaban, esa pareja que había esperado aún después de suspirar por última vez.

Con respeto, ambos le habían dado sepultura y habían plantado (en pleno invierno) un pequeño árbol que traían consigo desde sus pagos originales.

Vivían ahora en una tierra de gente con ojos bien claros y cabellos casi blancos como la nieve, que caía por momentos en torrentes imparables.

Ambos, con sus cabellos oscuros y ojos aún más negros, eran extraños allí. Y atractivos.

Las mujeres pasaban estirando el costado de sus ojillos para poder observar más tiempo a Iurguen, ancho de espaldas, fuertes brazos, enormes manos.

Les gustaba escucharlo cantar en la carpintería, donde el viejo Loreno había encontrado un buen ayudante en Iurguen. El joven era tosco, aunque muy hábil. Más allá de la coraza que llevaba por cuerpo y de su rostro salvaje, tenía mucha delicadeza y sensibilidad.

—Trabajas la madera como si fuera el cuerpo de una mujer.

—Y así lo hago cada noche en mi casa...

Ambos rieron con voz profunda y siguieron hablando de la bendición de una mujer en la casa.

—Extraño... —murmuró Iurguen.

—¿Qué es extraño? —preguntó Loreno. Fumaba en pipa, mientras se retorció los grandes bigotes blancos.

—Que usted piense así. En este pueblo sólo veo rostros de mujer apagados. Son infelices. Llevan su femineidad como una carga. Y he escuchado en la taberna al herrero Panor presumir de las palizas que le da a la pobre jovencita que tiene por esposa...

—Y eso que todavía no pudimos saber de qué murió la anterior mujer...

—¿Por qué lo permiten? —preguntó con la furia contenida en la garganta. Se le notaba por la gravedad de la voz.

—Es que... así las han criado, así nos han enseñado —dijo tristemente el viejo carpintero—. A nosotros nos endurecieron a costa de puñetazos, de decirnos que a un hombre nunca se le dice que no. A ellas les han cosido el alma, la boca, el sexo y las han moldeado al gusto de los hombres... pero no se dieron cuenta que cosieron tanto que les quitaron el amor por sentir amor y que a nosotros nos dejaron un gran vacío que no sabemos cómo llenar... y lo llenamos como lo hace Panor, con violencia. Y nosotros somos odiados. Y ellas son del disgusto de los hombres.

Iurguen asintió en silencio.

—Aunque algunos cambiamos.

—Sí... —dijo Iurguen distraído en una delicada figura que tallaba en la madera.

—Aparte... —murmuró el viejo con una sonrisa extraña— no tiene una mujer como las nuestras... ¿Sabe?

Iurguen levantó una ceja y lo miró de costado. Sus manos seguían el trabajo con la misma delicadeza.

—Sí... de esas que saben curar el frío de los días con sus manos... Ambos sonrieron.

Ada gustaba de aquel lugar, pero temía salir sola.

Sabía que las mujeres envidiaban su marido y le echaban pestes sin motivo. Les habían “enseñado a ensañarse”, decía para sí misma. Pero también sabía que los hombres la observaban de frente, deseosos,

animales, sin ningún tipo de pudor. Les habían enseñado a “recibir lo que creían merecer”.

No le gustaba eso.

Se mordía los labios con rabia y respiraba profundamente, la furia contenida en sus ojos oscurísimos.

Iurguen le había pedido calma.

Que no tomara represalias.

En el último pueblo que había estado, más de la mitad de los hombres habían quedado ciegos durante semanas.

Por suerte habían pensado que era una extraña peste, pero lo mejor fue alejarse de allí antes de que a los hombres comenzaran a salirles extrañas costras en sus... en eso... sus herramientas de deseo.

Ada observaba con curiosidad a las mujeres y las escuchaba.

Sabía que hablaban, las entendía, pero tenía la sensación de que a esas mujeres les habían cortado las lenguas.

Era una sensación extraña sentir eso y escucharlas hablar.

Pero lo más sorprendente era que las embarazadas ocultaban el vientre, las otras mujeres las conminaban a ello.

Se avergonzaban de ser quienes eran y le tenían asco a su sangre. Cada día de sangre para esas mujeres era un día de tortura y vergüenza.

Ada abría los ojotes enormes y casi negros que tenía y en silencio las compadecía.

Ella amaba su vientre. Le encantaba que Iurguen se acercara a él y le cantara con su voz ronca y profunda y le hiciera cosquillas con su barba crecida por el día de trabajo.

Ada tampoco temía ni se asqueaba de su sangre, cuando la había tenido.

Y le había enseñado a Iurguen a respetarla y no temerle, como era tradición en otros pueblos... lo había guiado a que la amara aún en esos días de luna roja.

No comprendía mucho, pero los caminos atravesados le habían enseñado que las culturas eran completamente distintas de un pueblo a otro.

Sabían que al este aún no se habían contaminado con esos tabúes

y miedos inútiles. Aún en sus bosques las mujeres podían andar tranquilamente y amar a quien amaran... pero Iurguen le había dicho:

—Cuando volvamos nada será igual, Ada... la guerra habrá asesinado todo esto... Tú y yo lo sabemos. Tú y yo y todos lo vemos. Pero la guerra nos diseminará y quizás lleve nuestras ideas hacia otros mundos.

—Quizás nuestras ideas no gusten a los otros mundos.

Iurguen había suspirado con tristeza.

—Quizás.

Y allí estaban.

Su marido era feliz tallando la madera.

Ella se encerraba a coser, cocinar, pintar, leer.

¡Leer! No podía contarle a nadie qué leía... ninguna mujer leía allí. Y pocos hombres lo hacían, casi nadie podía tomar un libro entre manos, porque no entenderían lo que tenían delante de sus narices.

Sin embargo, Ada los leía y los hacía. Escribía las miles de historias que salían de su mente y se las relataba a Iurguen, quien la escuchaba embelesado y emocionado, como un niño que descubre la magia de la voz por primera vez.

Pero Iurguen también escribía para ella en sus días libres y luego le pedía que le pintara hojas referidas a sus historias.

Las hojas, las pinturas y las tintas eran sus mejores tesoros para pasar los días en que la nieve encerraba a la gente en sus hogares.

Las noches pasaron.

El frío arrasó con embarazadas, con niños y con ancianos. Hasta a algunos hombres jóvenes y fuertes se había llevado.

El fuego escaseaba, igual que la comida.

Los vientos helados se colaban por todas las rendijas.

Pero eso no pasaba en el hogar de Ada e Iurguen.

Para ellos siempre había fuego y comida, abrazos bajo las colchas de lana en los días de frío insoportable y placer cuando ya el frío se presentaba demasiado intenso.

Cuando llegó la primavera no había nacido ni un solo niño ni niña.

Sólo Lilena había logrado sobrevivir entre el calor del pecho de Ada

y la tibia barba de Iurguen que se acercaba seguido a besar su vientre.

Lilena había nacido el último día de invierno de ese año.

Su nacimiento, diría Loreno, había traído la primavera.

Días después, Iurguen trabajaba en un enorme mueble que alguien rico le había pedido a su jefe. Eso alimentaría a la familia de Loreno y a la nueva familia de Iurguen durante muchos días, le había dicho el viejo.

Delante de él, un joven del pueblo esperaba que Iurguen terminara los detalles del mueble.

—Sabe usted lo que hace —le dijo el muchacho, adulator.

—Mh... —murmuró concentrado.

—Trabaja hace mucho de esto, ¿verdad?

—Mhju... —respondió.

—Le felicito porque sea padre —dijo el joven cambiando el tema—. Yo me casé hace poco y espero tener un varón antes de que vuelvan los fríos. ¿Usted tuvo una niña?

—Psi... —respondió con la lengua a un costado, concentrado en un relieve de flores que estaba terminando.

—Una lástima... ¡Tener un niña! Una lástima, hombre...

El mundo se paró por un segundo.

El joven sintió algo molesto, un escalofrío... temor.

La mirada de Iurguen estaba fija en el mueble, pero lentamente fue subiendo hacia el muchacho, que empezó a respirar fuerte, agitado, a moverse incómodo. Se levantó de su silla y esperó.

¿Qué esperaba?

Encontrarse con ESA mirada.

Y no quería ese encuentro.

Le daba mala espina.

Tragó saliva y esperó un grito, un golpe, algo.

Pero Iurguen sólo clavó sus ojos oscuros en él y estiró un poco el cuello hacia él.

—Estoy orgulloso de tener una niña. Estoy orgulloso de que MI hija, sea una niña. ¿Por qué sería una lástima? ¿Acaso piensas que deseo criar una muñeca rota, mal cosida, como lo son las mujeres de este pueblo, como lo es esa pobre muchacha con la cual te has casado y que, seguro, ya maltratas, ya has moldeado con miedo, con tus puños?

No quiero una niña para amordazarla en el silencio y la ignorancia. Sé que mi niña va a ser como mi mujer y algún día le hará entender a una bestia como tú lo que es ser amado y amar. Le curará las heridas de la guerra cuando vuelva de la batalla, lo llenará de calor en los días de frío, le hará comida para alimentar su vientre y su alma, historias para florecer la mente. ¿O acaso, joven imbécil, cuando tu padre volvió de la guerra se encontró con una estatua? No, se encontró con los brazos de su mujer, con las lágrimas que lo bañaron de recuerdos, con su sexo tibio, con sus besos desesperados. ¿Acaso tú, cuando naciste, no dormiste durante un tiempo en ese lugar cálido y único que era el vientre de tu madre? Te trajo una mujer al mundo, con su sangre, sus gritos y su dolor. Y te amó, te dio de SU leche, te besó cuando te dolían las rodillas de tanto raspártelas y te acarició las mejillas con tristeza cuando te alejaste de ella, para irte con tu mujer. Y tu mujer, ¿acaso no estaba feliz el día que se casaron? La veo a la pobre niña pasar con sus ojos llorosos, miserable, golpeada por tus palabras y tus puños... ya no te ama... ya no es feliz como lo era el día de vuestra boda...

Volvió a su trabajo, furioso.

La sombra que los había cubierto, se disipaba de manera suave, arrastrando las palabras que habían quedado en el aire.

El joven lo observaba con la boca abierta y el corazón instalado en la garganta.

Algo había cortado el flujo del aire. El sonido no existía. Parecía haber niebla en el ambiente.

Sentía la ira de ese hombre en las sienes, en el pecho.

La ira estaba solamente dirigida hacia él... pobre infeliz, niño infeliz con una esposa que había vuelto infeliz y con la cual tendría niños infelices...

Loreno comenzó a reírse desde algún punto de la carpintería y todo volvió a la normalidad.

Volvieron a escucharse los sonidos, el aire siguió corriendo.

Iurguen se calmó, pero la posición de su cuerpo aún era de ataque.

Para sus adentros, sólo pensaba que ese muchacho era un pequeño imbécil.

—Eres un pequeño imbécil —afirmó Loreno dirigiéndose al muchacho—. Un muchachito infeliz. Vete a casa y besa a tu mujer, te

avisaré cuando terminemos el trabajo, así se lo llevas a tu jefe.

El muchacho prácticamente huyó, como el niño asustado que era.

—Iurguen... sé un poco más amable con los clientes –dijo riéndose entre dientes el viejo Lorenzo—. No todos entienden lo que tenemos, hombre.

—Pero algunos tendrán que entenderlo... Créeme que en algún punto el mocososo entendió.

—Si... claro que entendió. Recordó. Aquí a las mujeres las cosen y a los hombres los golpean hasta que aprenden a golpear.

—Triste mundo.

—Triste.

Volvió a su casa, cavilando y sintiendo.

Iurguen sentía un poco más allá de sí mismo y lo único que sentía en los otros era desesperación y encierro. Sí, sus almas estaban encerradas.

Pero él... pensó en Ada, en Lilena.

Se sonrió satisfecho, aunque sentía un poco de lástima por el resto.

Él era feliz.

Había traído a su niña al mundo, había visto, sentido, compartido el dolor con Ada y luego la satisfacción de los gritos de Lilena que reclamaba de nuevo su cómoda cama en el vientre de su madre. Pero sus besos y la voz de Ada la habían calmado y de allí nunca más Lilena había vuelto a llorar.

Llegó a casa y se encontró con ellas.

Lilena bebía ávidamente del pecho su madre, pero cuando escuchó el saludo de su padre se despegó un segundo para saludarlo con un alegre grito de bebé.

Iurguen besó a ambas en la frente y se las quedó mirando...

Había dulzura y tristeza en su mirada.

Ada estaba un poco distraída, pero algo bailaba suavemente alrededor de su marido. Esa niebla leve que se le formaba cuando estaba molesto.

Ada comprendía lo que pasaba allí afuera.

Él no podía llegar a entenderlo, había cambiado y aprendido tanto que volver atrás era impensable.

Se miró las manos y luego observó a Ada. Se vio intentando levantarle una mano... y se odió por simplemente pensarlo.

Volvió a mirar sus manos y respiró fuerte, afligido.

Ada lo observaba seriamente.

Algo en él se había roto. Se notaba que quería llorar y sabía que él lloraría esa noche encima de su pecho y pediría que las cosas cambiaran.

Le pediría a ella que las cosas cambiaran.

Le preguntaría mil veces cómo romper las cadenas, descoser el alma de esas mujeres, cómo quebrar las manos de esos hombres, destruir la piedra de esos corazones fríos... cómo hacerles comprender que ellos venían de un lugar, más al este, donde las mujeres amaban en la cama con pasión, reían a carcajadas, hablaban de literatura, mostraban sus vientres llenos al sol, bailaban los días de brisa, los días sin brisa, de noche y de día.

Y sabría que en ella encontraría la respuesta.

Sabría que ella podría cambiarlo.

Cambiar el mundo en que vivían era algo que ella sabría hacer.

Confiaría en su magia y en sus palabras.

Fuera crecía un árbol de manzanas amarillas, que había sobrevivido al invierno cuidado por Moie. Un árbol que alimentaría los vientres cuando no hubiese nada que comer, un árbol con el cual Lilena crecería, a su sombra, leyendo y aprendiendo lo que debía aprender.

Esa noche, Ada le habló a Lilena.

—Es aquí, aquí donde comenzaremos nuestra vida, donde plantamos TU árbol. Y tú serás la gran matriarca, la que permitirá que el mundo cambie. Iluminaremos estas viles almas, Lilena. Tú, yo y tu padre, nuestro guardián y amor. Podremos encender la luz... Para eso nacimos las brujas, para eso nacieron los hijos de las brujas, mi amor... para eso somos lo que somos...



# La Maldición Rota 1: las Palabras

—¿Alguna vez viste una bruja? –le preguntó Aurelí a Leonard.

—No, la verdad que no, pero sé que existen –contestó comiéndose su tercera manzana.

Estaban sentados muy juntos, bajo el árbol de manzanas amarillas. Había muchos en esa zona, eran un hermoso bosquecillo.

Soplaba el viento suave y frío, pero cálido era el sol que los bañaba, así como cálida era la aureola primaveral que cubría a ambos jóvenes.

Hormonas, llaman a esa aureola.

—Yo soy bruja –anunció serena. Los ojos perspicaces de la joven buscaron la mirada del muchacho, alguna duda, un temblor, algo. Pero el muchacho tenía mucha cara de nada como para revelar algún sentimiento.

Leonard se inclinó de hombros.

—¿No te importa?

—¿Sos de las malas?

—No.

—Entonces, definitivamente no me importa –el muchacho siguió comiendo su manzana, contento y en su mundo.

Aurelí lo observó de costado, terminando de raspar el corazón de la fruta con los dientes.

—Sos raro.

—Y vos bruja.

Silencio. Se miraron y comenzaron a reírse con las bocas llenas.

Leonard miró maravillado el bosque.

Sólo veía el verde de las hojas, el marrón de las ramas y el amarillo de las manzanas.

—Qué cosa rara una manzana amarilla... pero son ricas...

—Son manzanas de bruja. Se planta un árbol de manzanas amarillas por cada bruja que nace en esta familia.

—¿Y cuál es tu árbol?

—Este —acarició la madera del árbol donde estaban recostados.

Leonard asintió.

—Es uno de los más bonitos... —dijo casi susurrando. Aurelí vio que la mirada del chico se perdía arriba, entre la maraña de hojas y frutas. Le gustó que el chico fuera tan... extraño y volador... Sí, se notaba que ese chico volaba en su mente por mundos que no conocía. Deseó saber de ellos, conocer historias, colores y aromas.

—Sueñas despierto, mucho, mucho, vos.

—Se —dijo quitándole importancia al tema e inclinándose de hombros—. Me gusta escribir lo que veo y lo que escucho.

—Y por eso no te importa que yo sea bruja...

—Claro, porque yo me he imaginado a muchas, pero nunca había visto una de cerca... y sos una bruja linda, no como las que cuenta mi abuela, que son brujas verrugosas y malas... y vos dijiste que sos buena, y te creo.

—O sea, te vas a casar conmigo.

—¿No están arreglando eso, nuestros padres, ahora? —preguntó entre hipo e hipo y soltando un eructo. Ambos se rieron a gusto.

—Sí, ya se... Pero no te importa que sea una bruja porque has imaginado muchas, pero tampoco te importa casarte con una.

El chico sonrió.

—No, la verdad que no. Cocinas muy bien. Con muy poco, anoche hiciste grandes cosas... Esa... salsa o aderezo era genial. Tenía un sabor... estem... —pensó un momento— estrambótico.

—¿De dónde te inventaste esa palabra? –preguntó riendo a carcajadas Aurelí.

—No la inventé, está en el diccionario, en la parte de la E, tontona. Busco palabras para mis escritos, así no repito tanto las cosas y para que se vea más original.

—Te creo, te creo. Hablabas sobre mi cocina, que te gustó mucho –Aurelí se echó panza abajo sobre el pasto verde primavera y con el rostro entre sus manos.

—Ahora quieres que te adule... –le dijo él con rostro pícaro. Era la primera vez en el día que su cara de nada cambiaba a otra cosa. A Aurelí le gustó ese gesto.

—Claro, quiero que me adules, me encanta.

—Bueno, cocinas muy bien. Mi boca explotó en mil colores cuando la comida elaborada por tu mano tocó suavemente mi lengua y me elevó a los cielos insospechados de sabor.

—Sonó a poesía.

—Chamullo sobre la marcha, brujita.

Aurelí comenzó a reírse de nuevo.

Leonard sonrió, le gustaba esa risa escandalosa y sin escrúpulos.

—¿Te cuento un cuento?

—A las mujeres de mi familia le encantan los hombres que saben contar historias –dijo Aurelí, afirmando con la cabeza y sentándose para estar más cerca del cuentacuentos.

—Había una vez un muchacho cuyo padre, un hombre gigante y malhumorado, lo obligó a vestirse bien, ponerse mucho perfume, peinarse a lo lamido de vaca, es decir, disfrazarse, para ir a conocer a una prometida que no quería.

—Uh... se viene un quilombo –dijo ella divertida. Observó la cabeza de Leonard y despeinó un poco el pelo con estilo “lamido de vaca”.

—Gracias, la gomina no dejaba respirar las ideas.

La risa brujeil y alegre de Aurelí se elevó de nuevo en el bosquecillo.

—Decía. El muchacho refunfuñó y refunfuñó, pero obedientemente se preparó hasta quedar disfrazado. Su padre le iba explicando mientras tanto:

“Es gente rara, pero rica. Le compró las tierras y los títulos hace

mucho a un conde en quiebra y desde entonces ese lugar sólo ha dado frutos y frutos. Saben de finanzas y hasta han mandando a sus mujeres a hacer estudios superiores, a quién se le ocurre... pero son inteligentes y emprendedoras... De todas maneras no dejan de ser raros. Te digo, hijo, para que no te asustes, que dicen que todos en esa familia practican extrañas magias. Que las plantas se mueven cuando las mujeres cantan, que los lobos acuden mansos cuando los niños los llaman, que los hombres encuentran rebaño perdido con sólo seguir al viento, que las mujeres han luchado en las últimas guerras, que la niña que te voy a presentar sabe hacer llover y cocina con la receta de los dioses...”

Mordió otro trozo de manzana y prosiguió.

—A todo esto, el muchacho, que ya estaba en el carruaje, se sentía cada vez más y más intrigado. Le gustaba lo que escuchaba y creía saber a quién se refería su padre. Esa familia, descendientes de la antigua sanadora azul Diarenia, que nació de un árbol, y nietos o tataranieta de Lilena, la primera arquera de las últimas batallas del este.

—Así es, así es —agregó alegremente Aurelí.

—El muchacho... pongámosle de nombre...

—Leonard, para no faltar a la verdad.

—Leonard —agregó el muchacho divertido—, aunque estaba enfurruñado y no quería saber nada con casarse siendo niño, esperaba encontrarse con “algo” allí a donde iban.

—¿Algo?

—Algo. ALGO con mayúscula.

—¿Y lo encontró?

—Lo encontró cuando entraron a aquel gran lugar de ensueño. Hacia su derecha, el tremendo palacio de piedra, en donde seguramente grandes dragones habían apoyado sus garras y de donde habían salido grandes guerreros a defender el país, en una guerra sin par, contra el enemigo que quiere estas tierras —Leonard se levantó y luchó contra el aire. Aurelí río—. Y hacia la izquierda se veían bosques y lo que parecía una zona dorada, pero adivinó que esas eran las famosas manzanas amarillas que habían salvado a este pueblo y al ganado en tiempos de hambruna.

—Así es... y... ¿entonces?

—Entonces la vio. Vio a su prometida. No estaba disfrazada más que de barro, con las rodillas peladas de tanto subir árboles y escalar montañas. Estaba despeinada al viento, con la ropa sucia, la cara roñosa...

—¡Ey!

—La sonrisa gigante y su cuerpo macizo de una persona fuerte que no ha sido criada como señorita.

—¿Me estás insultando? —le preguntó poniendo la boca a un costado, disgustada.

—Y a Leonard le gustó.

—Ah... —Aurelí se puso colorada.

—Y le gustó que la niña se pusiera colorada ante los galanteos.

—Tonto...

—Se sintió bien de encontrar gente “normal”. Es decir, se encontró con gente muy alegre y buena, cuando en realidad se esperaba todo aquello que su padre le contara: gente rara, muy suelta para hablar y para moverse, brujas, hechiceros, lobos que acompañan a los niños a dar una vuelta por el bosque y hasta maldiciones y magia pendiendo del techo...

El silencio se hizo entre ambos y se quedaron observando la danza de una hoja que se desprendía del árbol de Aurelí.

—Yo conozco la historia de una maldición...

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—¿Ya terminaste tu cuento?

—Todavía no termina, pero no sé cómo sigue... La cuestión final es que Leonard conoce a esta niña... pongámosle de nombre...

—Aurelí.

—Aurelí, para no faltar a la verdad —dijo riendo Leonard—. Y la historia puede seguir por años y años, pero esa historia no la conocemos aún... Ahora, cuéntame de la maldición.

—Ahí va, pero no soy muy buena contando.

Leonard hizo un gesto con la mano, como restándole importancia.

—Bien. Había una vez una guerra entre familias. Por un lado estaba la Casa de Grygina, una matriarca fuerte y de carácter de hierro, por lo frío y lo poderoso, que odiaba la ignorancia y el mundo triste del hombre. Por otro lado estaba la Casa de Czuw, un hombre joven y

hermoso, de amplios hombros y mandíbulas, de fuerte pecho para reír y ordenar en la guerra... y en esa guerra su voz se hacía escuchar. Pero el pobre nunca pensó que la voz de Grygina también tendría mucha fuerza y lo haría callar más de una vez. Sus genios malos, sus talentos malhumorados, sus voces de volcán se encontraron una y otra vez en parlamentos, en las calles, en enfrentamientos uno enfrente de la casa del otro. Pelearon a morir y se odiaron con furia... Hasta que Grygina, un día, cansada de pelear, con artimañas de posibles amistades lo llevó hasta el establo y... trabó amistades con él. Y luego se casaron.

—¿Cómo lo hizo?

—En los establos.

—Cómo, no dónde...

—Desnuda, ¿de qué otra manera?

Leonard se quedó mudo y con los ojos abiertos enormemente.

—Ah, no te hagas el idiota. Todos hemos visto a los animales tener relaciones.

Leonard comenzó a reírse sin poder creerlo. Esa familia sí que era rara... y de lengua larga. Ese tema no sería tocado por ninguna señorita de ciudad.

—Bueno, te decía. Así se terminó todo. Y la madre de Czuw se enojó mucho y sobre Grygina puso una maldición que seguiría a toda la familia durante mucho tiempo.

—¿Cuál es? —preguntó sonrojado y acalorado Leonard, tomando otra manzana sin poder dejar de sonreír.

—Que no nacerían más niñas en la familia.

—Pero, ¿por qué es eso tan malo?

—Porque antes esa familia era un matriarcado, tonto.

—En mi familia paterna no hay mujeres —dijo un tanto extrañado y mirando el techo de hojas.

—Exacto.

El muchacho la miró sin comprender.

—Es la historia de tu familia, pavote. ¿Acaso tu apellido no significa “la vigilia de Gregoria” o algo por el estilo?

—O sea que mi familia... era...

—Era un matriarcado, uno de los primeros, fundados por Diarenia, que también fundó el mío.

—Y por eso no tengo hermanas, ni mi padre, ni el suyo, ni... —se levantó de un salto— ¡Diablos!

—Tsss, a ese no lo llames.

—Perdón, pero... ¿y qué tiene que ver todo esto con tu familia?

—Nada, sólo es algo que averigüé de tu familia cuando mi padre dijo que te iba a conocer. Es algo que me contó mi abuela, cuya abuela conoció a la última mujer que vivió en tu familia.

—Ah... No sabía que teníamos esa historia.

—Eran brujas, Leonard, por si no entendiste nada.

Leonard abrió muchísimo los ojos.

—¿En mi familia hubo brujas? —parecía realmente alegre.

—Exacto, y los hombres serían buenos hechiceros si no fueran tan cabezas duras y se negaran a ver la magia. Pero, vos, se nota que todavía no tienes la frialdad de tus hombres, por lo tanto creo que con vos renació la magia, porque creas mundos en tu mente...

—Sí... es cierto... Creo mundos y personas... —dijo él observando tímidamente el piso— Pero al mundo y las personas sólo los crea Dios.

—Y nadie quiere competir con él, de eso no te preocupes. Estamos hablando de cuentos y vos sabes contar.

—¿Y qué con eso?

—Que también hay magia en las palabras. Las palabras construyen o destruyen mundos, pueden construir o destruir a las personas, pueden volverlas buenas o malas, o ayudarlas a sobrevivir con un poco de aliento o a matarse con un poco de indiferencia y pesimismo. ¿Te das cuenta qué tan fuertes son las palabras? Puedes poner a alguien triste con ellas o volver a alguien feliz... Eso lo sabía mi tata tata no sé qué, Iurguen el Guardián.

Había escuchado ese nombre, en algún cuento de su abuela materna. Las palabras eran la fuerza, la voz era el movimiento.

—Lo noto... nunca lo había pensado así... —sus ojos se anegaron de lágrimas— Por eso mi mamá, cuando estaba muriendo, me pedía que le contara mis historias...

—Porque se sentía feliz. Porque la aliviaba.

Leonard miró a Aurelí y se hundió en ella, buscando un abrazo fuerte. Y vaya que aquella espalda y esos brazos eran fuertes.

Aurelí supo que acababa de despertar un poder inimaginable.

Sonrió. Acarició el cabello de su nuevo amigo—futuro marido.

Leonard lloró en su hombro, sin temer a las burlas, y ella lo apretó más contra su cuerpo. Le dijo al oído que ella se encargaría de cortar la maldición, quizás no en ellos, pero si en su hijo, que ella lo cuidaría y que quería que él la cuide y la ame y que compartieran la magia y...

Se dijeron tantos “y” como promesas se les ocurrieron.

Volvieron tomados de la mano hacia el palacio.

# La Maldición Rota 2: las Declaraciones

Leonard dijo: “Tendrá los ojos claros y lúcidos”.

Leonard dijo: “Tendrá la mente ágil y soñadora”.

Leonard también dijo: “El niño estará libre de la maldición, para siempre jamás”.

Sin embargo, Aurelí miró el rostro de su hijo y halló sombras en la mirada, la mente perdida entre fantasmas... sólo la tercera declaración seguía en pie... ¿o no? La primera Gran Guerra se había llevado a Leonard. La segunda se había llevado la cordura y los sueños de su hijo.

Eso es lo que hacían las guerras: asesinar la inocencia de los niños, las raíces de los viejos y las ideas de los jóvenes.

Cuando las primeras batallas se llevaron a Jerzy hacia otros lugares del mundo, Aurelí cosió y tejió mil prendas para regalar, cocinó panes para los pobres, llenó vientres con rica comida y mentes enseñando a leer. Dio vida de distintas maneras, para que la muerte hiciera la vista gorda y le devolviera vivo a su hijo.

Y su hijo volvió.

En pedazos...

Primero su cuerpo.

Luego parte de su mente.

Por último, pedacitos de su alma.

Y a él volvían los fantasmas de sus amigos, buscando un adiós, una explicación que el joven de ojos apagados no podía dar.

“¿Por qué nos pasó esto?”, preguntaban.

No lo sé, no lo sé... respondía él, desesperado, restregándose los ojos para dejar de verlos, golpeándose los oídos para dejar de escucharlos.

El silencio se arrastraba por el hogar de Jerzy y Aurelí.

Cada tanto, se escuchaba un grito:

—¡Silencio! —clamaba desesperado Jerzy. Un golpe de puerta, pasos apresurados, otra puerta que replicaba.

Cuando el silencio volvía, Aurelí buscaba a su hijo por el palacio.

Siempre lo encontraba parado en un rincón de alguna habitación, la cabeza pegada contra la pared, las manos apretando los oídos.

Las fuerzas se les iban a los dos.

El bosque de manzanos había muerto en algún bombardeo.

Ya no quedaban doradas manzanas para compartir con los hambrientos, ni siquiera para ellos.

Sólo un corazón de manzana seco que Jerzy guardaba con desesperación entre sus pocas pertenencias (las pocas que le había dejado el despojo de la guerra), como un recordatorio de algo que había olvidado entre las imágenes del horror de su mente.

Aurelí desesperaba.

Y desesperaban también los fantasmas de la casa.

En uno de sus ataques, Jerzy terminó en la antigua biblioteca, enterrando la cabeza entre los libros mohosos de dos bibliotecas.

Aurelí lo encontró balbuceando, pidiendo silencio.

Cuando su mano se acercaba a acariciarle la cabeza, un libro le cortó el paso, cayendo entre ellos con el estrépito típico de una enorme enciclopedia.

La tapa se desintegró y las primeras hojas se desprendieron y quedaron desperdigadas. Entre ellas, algunas viejas fotos, postales y cartas formaban casi un círculo perfecto.

Jerzy observaba maravillado.

—Me acuerdo, papá —murmuró.

Aurelí se llevó la mano al pecho.

Los ojos de Jerzy brillaban de manera distinta, entre la locura y la revelación.

—Papá me contaba historias del tren. Del tren en la selva. La selva con rieles. Los rieles que él puso en el otro lado del mundo.

Aurelí se había agachado frente a su hijo, miraba las fotos gastadas, daba vuelta las postales, rozaba con los dedos las palabras escritas por su marido.

“Un nuevo mundo, tan diferente”, “hay tanta vida”, “se respira aire puro”, “el verde explota en los ojos”, “podríamos mudarnos”, “vivir”, “plantar”, “renacer”.

Las palabras construyen y entre ellos construían una idea, una sonrisa, una esperanza.

Era volver a empezar, plantar el primer y último árbol de manzanas amarillas en otra tierra, para que la vida cambiara de rumbo y encontraran justamente eso: vida.

Jerzy partió primero, prometió que volvería por ella.

Mientras él se iba, un muro se levantaba en la frontera. Durante muchos años no sabrían nada el uno del otro.

No habría muro que la detuviera.

Habían pasado los años, pero Aurelí tenía un plan: se cubrió de telas y entre algunos objetos, se escondió en un viejo arcón de la familia. Polizonte, ¿quién diría? Si su suegra la hubiese visto, seguro que le daba un patatús.

Pero así llegó al otro lado del mundo.

Cuando puso un pie en la nueva tierra, una onda expansiva llegó a las almas sensibles, los pájaros levantaron vuelo al unísono y los árboles se equivocaron y soltaron las hojas antes de tiempo.

En un pequeñísimo departamento, una niña abrió los ojos sorprendida, un bebé tuvo un ataque de hipo en el vientre de su madre y Jerzy saltó de la cama, se vistió rápidamente y sin dar explicaciones, salió a los trompicones.

Jerzy organizaba las ideas, porque no sabía por dónde empezar a contar su historia del otro lado del mar.

Primero había nacido la niña. La tercera declaración de Leonard se había cumplido.

La mente ágil la tenía su esposa y él se quedó con la parte soñadora... un poco demente.

Sabía que esperaban un niño, que seguramente tendría la mirada muy clara y lúcida.

En esto estaba pensando, cuando vio a su madre arrodillada en un baldío, cerca del puerto.

Cómo la había encontrado, qué rieles se habían tendido entre ellos para llegar el uno al otro, no hacía falta explicarlo.

Aurelí abría un pequeño hueco en la tierra y con unas palabras entrelazadas en la lengua, recitaba algo que su marido había escrito en alguna postal: “vivir”, “plantar”, “renacer”.

Las palabras construían entre ellos nuevos significados.

Jerzy se arrodillo junto a su madre, con suavidad. Los años habían pasado para ambos, pero ella seguía siendo bonita e imponente.

La mirada de ella lo apremió y Jerzy supo lo que tenía que hacer: siempre llevaba el corazón de manzana seco en alguna parte de su saco, el único que tenía. Lo tomó con la punta de los dedos, con una delicadeza impropia en él, agarró las manos de su madre con la misma suavidad y entre los dos depositaron el futuro (el fruto) en la tierra.

La primera y la última manzana amarilla en ese nuevo continente.

Aurelí sabía que la magia había renacido en la familia, que quizás los árboles de manzanas doradas nunca volverían a crecer, que todo cambiaría para ellos y que los ritos serían otros...

Las brujas volverían a nacer.

# El Rito

Los primeros pasos eran simples: identificarse con un animal, una persona genérica y un elemento.

Pero había algunas que eran búho y gato, mujer-hombre, agua y fuego.

También esas podían ser perro, nada y tierra.

La cuestión era saber qué se era.

Y si se era, el rito estaba finalizado.

El siguiente paso no era tan simple: amar o luchar.

La violencia física no era un medio válido, aunque la violencia de la pasión podía aceptarse con los ojos entrecerrados y la cabeza un poco ladeada; amar sin condiciones no era condición, a menos que se amara uno mismo hasta las últimas consecuencias; las palabras eran pactos indestructibles, pero destruir era una palabra en el pacto; morir era necesario, vivir era el objetivo. Sobrevivir, mejor dicho, aunque fuera unido solo.

Así lo supo la que bebió miel de chañar, leche, veneno y magia, cuando se encontró frente al hombre que había decidido que las tierras de ellos eran de una sola persona y que esa persona estaba dispuesta a matarlos a todos, si no le devolvían “su pertenencia”.

Así lo supo, porque amó y luchó al mismo tiempo. Amó a ese hombre de ojos claros, pero luchó contra él hasta vencerlo y ser vencida.

Porque esa era la última lección del rito. O todos ganan o todos pierden... en otras realidades, en el medio hay muchas variantes que se construyen de otra manera si el primer rito tiene resultados más “previsibles”, pero este no era el caso porque las variantes hablaban de caos organizado.

Las palabras fueron un medio para la violenta pasión de las defensas, pero la violencia del cuerpo llevó a los resultados que nadie quería.

A ella la cubrió la tierra y fue semilla, por eso ambos perdieron lo que amaban.

El pacto se cumplió y se mencionó la palabra “destrucción” dentro del pacto.

Por eso él se llevó a la niña que juntos, en una noche sin luna, habían engendrado a escondidas de los que los acompañaban en sus campañas como rivales.

Era blanquita, así que su padre, el gran hacendado y flamante dueño de nuevas tierras, nunca sospechó que entre su propia familia había sangre de los que había decidido matar.

Así fue, así será.

Pierden todos.

O ganan todos.

# El Perro Negro

Su hermano apenas sobresalía del agua. Se veían los hombros, cuello, rostro... y en su rostro esos ojos marrones, tan claros, tan muertos, tan vacíos, que parecían velados por una fina capa blanca.

Sobre su cabeza una corona de espinas de tusca, que se clavaban en su frente y unas ramas enormes que parecían cuernos.

Su hermano sonreía, pero sus labios estaban muertos, morados, levemente abiertos.

Se movía hacia ella, que no podía gritar, ni alejarse, ni suplicarle que la dejara en paz.

Sabía que debía escapar, que tenía que correr lejos, lejos de él, del agua, de la corona de espinas.

Respiró profundo, pero no podía, sólo era un pequeño árbol. Un naranjo, que no llegaba al metro, con frutos chiquitos, duros, ácidos. Y flores. Muchas flores blancas, pequeñísimas también, pero tantas que aromaban el pantano, esa agua turbia, sucia, por la que se desplazaba su hermano mayor.

Y él se acercaba.

La arrancarían de raíz.

Partiría su tronco.

Mearía sus frutos.

Quemaría su cuerpo de madera joven.

Él era dueño de su vida. El hombre responsable de la familia. El que mantenía su fruto ácido y duro. El que podía quebrar cada una de sus ramas si así lo deseaba.

Su hermano, ese maldito hombre, se acercaba.

Y ella, sin poder moverse, se aferró a la tierra, llamó a la Madre con un canto que surgió de su pecho y esperó.

Las manos de hombres y mujeres de cobre salieron del agua. Tomaron el cuello, el rostro, los hombros de su hermano y lo detuvieron.

Ella supo.

Regó sus florecitas blancas en el agua estancada. La movió. Lanzó sus frutos ácidos y fuertes. La purificó. Dio todas sus hojas verdes, la revivió.

En el rostro muerto de su hermano, se desdibujó la sonrisa muerta. Muerto estaba su rostro.

Las manos cobrizas de hombres y mujeres hijos de la Madre comenzaron a arrastrarlo, hacia el fondo, su tumba, la injusta tumba de esas mujeres y hombres que habían vivido en esas tierras antes vivas, vivas como el pequeño árbol que se quedaba solo sin hojas, ni frutos, ni flores, pero con sus raíces bien puestas y sus ramas bien en alto.

Rebeca despertó.

El sueño se parecía a un cuento que le había contado su abuela hacía muchos años. La abuela siempre aparecía de alguna manera en sus sueños, cuando quería decirle algo.

Supo que tenía que escapar, que tenía que alejarse de aquel lugar, que su hermano la quebraría, arrancaría, destrozaría, la haría una sumisa niña de casa.

Rebeca no era eso.

Rebeca se subía a los árboles, rodaba en el pasto, se llenaba de tierra, se pelaba las rodillas y las manos y si era necesario, parte de la cara en una buena caída.

Era madera.

Era viento.

Era agua.

Era tierra.

Era libre.

Era perro y pájaro.

Rebeca tomó unas pocas cosas para vestirse y calzarse, se llevó muy poca comida como para que no se notara la falta y saltó por la ventana de su pieza.

Rebeca tenía siete años y corría hacia la tumba, el monte, la tumba, el pantano, la tumba y el desierto donde decían que dormía la que nunca fue su bisabuela.

La magia no tiene color.

No es ni buena ni mala.

La magia es una fuerza de la naturaleza.

Ella siempre está allí, fluyendo. Siempre a tu alrededor. Siempre dentro de ti.

La puedes concentrar, para crear algo diferente, generar un efecto.

La puedes soltar, desatar, liberar.

Pero una vez que empieza a inundarlo todo, es muy difícil que la controles.

Ten cuidado cuando la uses.

Porque el resultado puede no ser el que esperabas.

Sin embargo, si eres responsable y combinas tu alma con tu magia, con tu cuerpo, tu mente, creencias y energía, quizás puedas llevarla hacia donde tú quieres.

Tú le das un color.

Tú haces de ella algo bueno o malo.

Su resultado, eres tú.

Aunque no dependa de ti.

Se dice que viajó mucho a pie.

Le salieron llagas.

No lloró.

Sus pies se endurecieron.

No hubo más dolor.

En algún momento de su viaje un caballo color polvo, con ojos clarísimos, se unió a su camino.

Ella montó confiada, sentía que lo conocía de algún lado.

Viajaron juntos.

Atravesaron esteros, monte, ríos.

El caballo la dejó junto a un curso de agua que no podía cruzar: del otro lado no sería recibido, pero su tarea ya estaba completa.

Rebeca cruzó nadando, sin perder las fuerzas, y llegó a donde la esperaban abrazos, ojos sinceros y sonrisas blanquísimas.

La rodearon, acariciaron, alimentaron y cantaron (aron, aron, aron, aron, escuchaba entre risas, como un ronroneo).

La recibieron como a una de las suyas y le enseñaron lo que sabían.

Se dice que de ellos aprendió magia (magia negra, según las lenguas “versadas” en el tema). Eran indios, ¿qué otro tipo de magia podía ser? Recuerde que cuando se los menciona se escupe en el suelo. Y cuando se menciona su magia, se escupe dos veces, se hace el signo de la cruz y por si las dudas se reza un Ave María.

Rebeca volvió después de casi un año.

Un peón y su mujer, que recogían leña, la encontraron durmiendo en el fondo del terreno (de ciento treinta y un metros, más de una cuadra).

Sólo la protegía una mantita de tela levísima y un techo de chapas.

Con un poco de miedo, la llevaron a la gran casa.

Sus hermanas y sus hermanos menores lloraron de alegría.

El peón y su esposa explicaron todo, con la mirada fija en el suelo.

Cuándo se le preguntó quién le hizo eso, quién la alejó tanto tiempo de la casa, ella señaló a su hermano mayor.

Lo miraron, sin querer mirarlo, pero lo acusaron de reajo.

¿Así la había castigado por subirse a los árboles? ¿Por haber roto el vestidito que le regalaron para su cumpleaños número siete? ¿Qué le había hecho a la niña durante todo ese tiempo?

Una tía que no dejaba de apretar a la pequeña contra su enorme pecho, recomendó sin pelos en la lengua “revisarla” para ver si aún era pura.

Las miradas recayeron de nuevo, acusadoras, sin mirarlo.

El hermano mayor miró a Rebeca con odio, los ojos inyectados en sangre. Cerró los puños. Dio media vuelta y no dio explicaciones. Nunca las daría.

Nadie volvería a hablar del tema.

Rebeca sonrió.

Las tías le salvarían la infancia a Rebeca.

Podía trepar árboles, llenarse de barro, correr, jugar, reír, total, era una niña (aún pura, para alivio de las casamenteras).

No la dejarían acercarse a su hermano a menos que hubiera reunión familiar, pero ambos tenían que saludarse con respeto para que nadie sospechara nada raro.

La historia oficial decía que Rebeca había estado en un convento, al cuidado de las monjas, por una enfermedad rara. Una tía monja confirmaría el rumor.

Preferible eran las habladurías sobre una enfermedad indefinida, que por depravaciones intrafamiliares.

En las reuniones, Rebeca le sonreía con malicia. Su hermano mayor, José, sólo la observaba en silencio.

Rebeca sabía que aquella araña esperaba el momento.

Comenzó a concentrar su magia.

Tuvo ocho años para aprender a mejorar y controlar aquella fuerza de su propia naturaleza.

—El señor Lugano, que hoy nos acompaña en esta cena, es un gran amigo mío. Además es mi nuevo socio, con el cuál pondremos una minera al sur.

La algarabía se sintió en la mesa. Los hermanos propusieron un brindis. Las hermanas se rieron entre dientes. Rebeca jugaba con su comida.

—Tiene lindos ojos azules –dijo Azucena en un murmullo que sólo las más avezadas cotilleras escucharían.

—Y una pelada brillante –comentó Rebeca, no tan por lo bajo.

—Pero tiene también una sonrisa encantadora –replicó Noemí.

—Y como cuarenta años... solterón... o viudo. Seguro mató a su esposa –dijo como al pasar la jovencita.

Las hermanas refunfuñaron y miraron el plato. Rebeca se sonrió de costado y la malicia seguía intacta en el gesto.

Los hermanos hablaban de negocios, tierras y proyectos.

Pero el hermano mayor miraba atentamente a Rebeca, que no dejaría pasar por alto esa mirada. Le clavó los ojos y esperó.

—También, tengo otro anuncio importante... —José sonrió galante, enérgico y se levantó con caballerosidad.

Se hizo el silencio.

—Como tenemos todavía tres hermanas sin casar, con el señor Lugano hemos concertado un intercambio de sangre. Para ser mucho más que socios, amigos —hizo una pausa dramática—. Familia.

Rebeca se apoyó con los codos sobre la mesa, puso la barbilla en las manos y esperó, mirando altiva.

—Y creo que Azucena ya tiene edad para casarse, ¿no?

Azucena miró coqueta, aleteando levemente sus pestañas negras.

Rebeca respiró profundo.

—Es una linda novia —dijo Lugano, guiñando un ojo con picardía. Azucena se ocultó entre sus rulos, una risa y las manos de Noemí, que reía con ella.

—Por supuesto, que Noemí también tiene un pretendiente. Su belleza no puede quedarse sin dueño. Y es un primo del señor Lugano.

Noemí sonrió, complaciente, dejando su mirada clavada en el plato, roja como los claveles del centro de mesa.

—Es un joven intrépido, buen mozo, muy hombre. Te va a caer muy bien Noemí. Quizás, hasta te enamores.

Lentamente se sentó. Y con la misma lentitud volvió a clavar sus ojos en Rebeca.

Por un momento, Rebeca pensó que su castigo era ser monja, según los deseos de su hermano, el hombre de la casa.

Al cuerno. Se iría al cuerno. No había dudas. Si la metían a un convento se convertiría en “mujer poco decente”. ¡Qué mujer poco decente ni qué ocho cuarto! En PUTA, así, con mayúsculas. En P-U-T-A.

Rebeca se cruzó de brazos.

—Tranquila, Rebeca. Tranquila. Vestir santos podría llegar a ser lo tuyo... —comentó su hermano, con una enorme y bonachona

sonrisa-. Pero el padre de Lugano también quiere una nueva esposa. Y el muy guacho me pidió a mi hermana más jovencita y hermosa. Y vos sos hermosa, Rebeca –dijo con un suspiro afectado-. Muy hermosa y jovencita...

Todos los hermanos se quedaron mudos, con los ojos muy abiertos. Sin quererlo, miraron a Rebeca, con horror y compasión.

Y a Rebeca no le gustó nada. Ni la noticia, ni la compasión.

—No te preocupes, mi solcito... es un hombre viejo, es cierto. Va a cumplir sesenta y cinco. Pero es muy cariñoso. Siempre anda con una piel de borreguito al cuello. Le encanta tocar lo suave.

Noemí y Azucena se taparon la boca. Aquello ya no les gustaba. No había necesidad de esas frases. No había necesidad de aquello... Comprendieron que había odio en sus palabras, que había pasado algo por la voz de su hermano mayor... que los años de acusaciones silenciosas se mostraban delante de todos, sin pudor ni delicadeza.

Los hermanos menores, Julio, Santiago y Manuel, levantaron la vista con indignación en los ojos.

—No me parece correcto, hermano, lo que acaba de decir. Ni me parece que Rebequita sea de alguien tan... anciano... –dijo con delicadeza Santiago.

José iba a contestar, pero los platos de la otra punta volaron hacia él, rozaron al invitado, se destrozaron contra el suelo.

—¡Yo no soy de nadie, ni voy a ser de nadie que yo no quiera! –gritó Rebeca, enfurecida. El pecho subía y bajaba muy fuerte, la respiración agitada, casi como un jadeo salvaje.

Salió de la habitación, con un revoloteo de tela y más platos rotos que se caían sin que nadie los empujara.

José se levantó, pidiendo disculpas a su invitado, sonriendo tristemente, con un suave y dolido “Jovencitas” en los labios.

En el hall estaba Rebeca, apoyada contra los ladrillos pintados de blanco, arañándolos, respirando nerviosa.

José se acercó, prendiendo su pipa.

La agarró muy fuerte del hombro y la dio vuelta.

Rebeca no lloraba, como él esperaba.

Pero notó la furia en sus ojos.

Y el hombro no le dolía o al menos no se quejaba.

José levantó suavemente la mano y le pegó con el dorso.

Rebeca no movió la cara. Ni se inmutó.

—Te vas... a... a arrepentir —dijo sin mucho aire.

—¿Cómo, hermanita?

Rebeca se acercó mucho, lo tomó de los cabellos y con una fuerza inimaginable lo puso a su altura para poder mirarlo a los ojos.

—Que te vas a arrepentir, infeliz.

La bronca que salió de la voz de su hermana, la fuerza de la mano que le aprisionaba los cabellos, la mirada oscura que se le clavaba en las pupilas, hizo que José reaccionara y se alejara rápido.

Entró, un poco asustado, sin volver a mirar atrás.

Hacía calor adentro, mucho más que afuera, donde soplaba una leve brisa, llena de polvo, pero brisa al fin.

El sol partía la tierra sedienta y quebrada que pedía un poco de misericordia del cielo.

José pensaba en otras cosas, ya había olvidado el miedo que había sentido por la mañana.

Estaba en el hall, mirando el infinito, riéndose por dentro, fumando su pipa.

Terminó, tiró las cenizas, entró a la casa, buscó su catre, lo llevó al hall y se tiró a dormir la siesta.

Definitivamente, estaba mejor afuera que adentro.

Soñó con un hombre que se desarmaba y que caminaba hacia él.

Él le sonreía, corría una cortina y ahí estaba Rebeca, desnuda, hermosa, muy blanca, pero con esos raros rasgos criollo-indígenas.

El hombre que se desarmaba, que chorreaba partes de sí, se tiró encima de Rebeca, lamiendo con una lengua muy larga, penetrando con una verga enorme, mordiendo, apretando, aplastando el pequeño cuerpo de su hermana.

José sintió la erección. Le gustaba lo que veía.

Cerró los ojos, empezó a tocarse.

Algo comenzó a dolerle.

Abrió los ojos. El hombre que se desarmaba estaba encima de él y lo penetraba, creándole agujeros en donde su verga enorme quería.

Le dolía, comenzó a gritar.

Lo destrozaba, comenzó a llorar.

Lo penetró por el ano y José lanzó espuma por la boca, se excitó. Eso le gustaba... comenzó a gemir.

Un perro negro los observaba, con la cabeza ladeada, con una sonrisa en los labios.

Sintió cómo la verga del hombre crecía dentro de él. Volvió a gritar, horrorizado. Le dolía, lo quebraba, lo desgarraba, lo mataba.

Y el perro miraba. Movi6 la cola, golpeteándola un par de veces contra el suelo.

El hombre que se desarmaba terminó como si fuera agua que salía de una manguera.

Mucha agua.

Y la piel de José empezó a abrirse hasta reventar...

Se despertó gritando. Se sentó en el catre.

Transpiraban mares. Le dolía todo el cuerpo. La cabeza le reventaba.

Volvió a acostarse, agotado, con la boca abierta, suelta, con un hilo de baba cayéndole por un costado.

Sintió el viento, caliente, como aliento.

El aroma a aliento de perro.

Aliento de perro.

Se volvió a sentar en el catre, aterrorizado.

Allí estaba el perro, negro, gigante, le llegaba al pecho. El perro ladró dos veces, gruñó, se puso en posición de ataque.

José sintió la garganta obstruida por el corazón.

No podía gritar, no podía moverse, ni respirar.

El perro saltó. José atinó a tirarse, resbalar en su propia transpiración y comenzar a correr.

Corrió hacia delante, hacia el portón que daba a la calle de tierra. Pero el perro se le adelantó y le cerró el paso.

José giró y apuntó hacia el fondo, corriendo, gritando, moviendo los brazos desesperadamente.

La familia salió a ver qué pasaba, todos medios dormidos.

Observaron a José correr, pasar como una saeta por el pasillo que conectaba el patio delantero con el de atrás.

Detrás de él, saltaba, corría, jadeaba, un pequeño caballo. O un torillo. O...

Les costó darse cuenta que era un enorme perro negro.

José gritaba, pedía auxilio. Siguió para el fondo, pasó las cañas, el portal hecho con dos Paraísos plantados uno al lado del otro, la larga extensión de pasto donde vagamente los caballos trataban de comer algo más que esa cosa amarilla y dura que salía de la tierra seca.

Se acercaba a la zona no desmontada, el perro le mordía la ropa, le arrancaba pedazos, le raspaba con los dientes filosos los brazos, las pantorrillas, la espalda.

Llegó hasta el monte.

Corrió hacia el Algarrobo abuelo, uno de los primeros árboles y el más grande de todos, y trepó desesperado.

Se volvió. Buscó al perro con los ojos desorbitados, el cabello desordenado, respirando agitado, con el terror temblándole en la comisura del labio inferior.

No había perro.

Sólo estaba Rebeca, mirándolo de costado, con una media sonrisa.

—Te dije que te ibas a arrepentir.

—Vos...

—Yo puedo hacer que esta pesadilla sea peor. Y real...

José sintió una lanza de hielo que le atravesaba la espalda.

—No me voy a casar con ese viejo. Soy dueña de mi vida. Además, el pobre tuvo un sueño muy feo... —Rebeca sonrió con todos sus dientes, cual piraña oscura y hermosa—. Y le reventó el corazón.

Se dio media vuelta. Descalza, se alejó hacia la casa, tarareando bajito.

El cabello se le movía sin viento, su sombra era más grande de lo normal.

La imagen de su hermana y el campo amarillento pareció oscurecerse, delante de sus propios ojos.

Miró mejor.

Toda ella estaba rodeada de una marea oscura, perros, sombras, ánimas y otros demonios.

José se aferró al árbol para no caerse.

Rebeca volvió a la casa, ante la mirada asustada de sus hermanos.

—Respétenme y los respetaré. Quiéranme y veré si los querré —  
apretó los dientes, con furia—. Métanse en mi vida o en mis decisiones  
y les voy a hacer la vida imposible.

Noemí y Azucena se refugiaron detrás de Manuel.

Julio y Santiago se miraron y volvieron a mirar a su hermana menor.

—Ahora tranquilos —dijo con una enorme sonrisa—. Yo los voy  
a cuidar.

José nunca se recuperó del todo.

Veía por el rabillo del ojo un perro negro. Cuando caminaba rápido  
le respiraba otro en la nuca. Si estaba solo sentía sus pasos por la casa.

Rebeca, sin embargo, se casó con un hombre generoso, que les  
ayudó a los hermanos que Rebeca quería, lo que les permitió a sus  
hermanas no venderse al mejor postor, sino elegir alguien por amor.

Se dice, que José nunca pudo volver a acercarse a Rebeca, porque  
sentía que se hundía, que se ahogaba, que no podía acercarse más allá  
que la misma distancia de la copa de un árbol al suelo.

Se dice, desde entonces, que Rebeca nunca fue demasiado buena, ni  
amable, ni muy señorita.

Se dice que sabía convertirse en perro negro, que aterrorizaba a  
quién odiaba, pero que ayudaba a quien amaba, o quería o apreciaba,  
lo cual sucedía en muy contadas ocasiones.

Se dice que suele aparecerse en forma de perro negro para cuidar  
a su descendencia, pequeños retoños de su magia más negra, como su  
alma, su ser y su naturaleza.



# En la Cocina

La tapa baila sobre la olla, dejando escapar el aroma de la salsa que explotará en los paladares de los comensales.

Al otro lado, le sigue el ritmo otra llena de enormes raviolos a punto, unos raviolos domingueros, de invierno frío y azul límpido.

El sonido de la cocina, la cuchara que bate, el ir y venir de utensilios, de platos y ollas, todo da la sensación de música venida de otros países.

La tapa baila sobre la olla y parece sonar al ritmo de palmas españolas.

Al son de esa música, las caderas de Herminia se mueven de un lado al otro, con el ir y venir de sus manos, brazos, pechos y ojos y el ritmo de su corazón alegre que llama a sus propios santos (y brujas) de la cocina para que todo salga delicioso.

Ve pasar por el rabillo del ojo a su madre (las diosas y Dios la tengan en la gloria) convertida en un gran lobo blanco, con un ramito verde en la boca. Sonríe para sí misma y sabe que la salsa necesita un poco más de menta.

Afuera hace frío, pero la ventana está abierta.

El fuego es tan fuerte y cálido, que ni una sola brisa se anima a entrar.

Sólo pasa la luz azul límpida, de un día sin nubes. Luz que se refleja a través del bosque de plantas, árboles y enredaderas que toman el

patio, aferrándose a sus raíces, sabiéndose dueñas de ese lugar y de sus arañas que asustan a los chicos y de sus hormigas que muerden hasta que duelen las lágrimas.

Afuera hace frío, pero el frío se rompe con las risas de los niños que juegan al escondite, que chillan y cantan, se burlan y se ríen, se esconden y se encuentran.

Herminia tiene la ventana abierta para que entren la luz y las risas y así ella pueda sonreír iluminada por ese día de invierno que ya no es tan frío.

Levanta la tapa y revuelve la salsa como si se tratara de un brebaje mágico en el caldero de bruja. Parece murmurar algo, quizás sea un poco de ánimos para la salsa espesa, para que se haga más rica, reviente los paladares, se quede grabada “su buena mano en la cocina” para siempre, en todos.

Sopa un poco de pan y sopla despacio, saboreando el aroma que se levanta en firuletes de humo que dan vuelta sobre sí mismos hasta subir y perderse entre otros aromas de la vieja casa.

Prueba y se sonríe. Quizás hasta se felicita. Uno puede ser muy humilde y demostrarse así ante los otros, bajar los ojos, asentir con la cabeza y una serena sonrisa ante el elogio... pero bien que puede felicitarle solito y sin escrúpulos para sus adentros, dejar que el orgullo y el ego se hinchen sin límites. Pero para afuera siempre mostrar la sonrisa serena y dulce.

El sol atrapado entre las hojas de la selva madre, toma su rostro, brazos y pecho, que se hincha alegre y despreocupado. Parece darle luz propia a los cabellos cortos, blanco-gris, a su rostro un poco caído por los años pero sin arrugas, dulce y vivaz por los años vividos y por vivir... eran tan pocos... noventa y dos o noventa y tres, posiblemente, ya ni los contaba.

Inclina un poco su cuerpo y observa hacia fuera, a través de la ventana enrejada, a los niños que juegan. Les sonríe como si la vieran, pero sabe que están en un mundo de peligros, con dinosaurios, aventuras entre lianas, enredaderas y enormes arañas que podrían comerlos enteros.

Asiente para sí misma: son sanos y están bien alimentados. Pero hay que darles de comer más, esos niños están en crecimiento y los quiere grandes y con color fuerte, para poder imaginarlos como serán en un futuro, ya adultos y lejos de esos días de aventuras en la selva de su jardín.

Con actitud de madraza, sigue revisando las ollas. Ha hecho más de lo necesario, pero sabe que sólo le quedarán suspiros.

Se da vuelta secándose las manos y observa al fondo de la habitación, sentada en el lado más alejado de la mesa, a su bisnieta mayor.

Lleva unos enormes anteojos de marco rosado, casi pegados contra los ojos claros y lúcidos heredados del padre de su padre. El pelo está atado en una cola de caballo sin vida, viste un enorme buzo, una enorme campera y unos enormes pantalones.

La observa esconder una vez más la nariz en un enorme libro, algo de un tal Verne, viajes y aventuras.

Está segura que la niña no lee y que la espiaba mientras cocinaba.

Antes de que cada una se enfrascara en lo suyo le había preguntado que leía esa semana, y la niña le había comentado que era un libro sobre un viaje loco y poco creíble hacia el corazón de la tierra.

Le preguntó si eso era posible.

La niña admitió que no sabía, pero que eso sí era posible en su imaginación y en sus sueños.

Herminia se dio vuelta sonriéndose, preparándose para cocinar, y dijo que en realidad no hacía ninguna falta irse a un viaje tan largo, si el centro mismo de la tierra estaba donde ellos estaban.

La niña miró hacia el patio por la puerta doble, abierta de par en par, observó los altos techos de la casa y el piso de cerámicos gastados que formaban cuadrados y rectángulos y volvió a observar a su bisabuela.

Frunció el ceño y la larga y fina nariz, como sopesando la información.

Se relajó a los pocos segundos, aspiró fuerte y murmuró “Comprendo”.

Herminia no se dio vuelta, pero la pequeña sabía que estaba sonriendo satisfecha.

La vieja no dijo nada, esperaba que la niña siguiera hablando. Algo importante pendía en el aire, algo que sólo ella debía escuchar.

La niña se decidió:

-A veces veo un perro blanco jugando en tu patio, abuela... y al abuelo siempre lo cruzo caminando cerca de su taller de herramientas y te manda besitos... -miró sus manitos- A veces no sé si realmente es mi imaginación o si son mis sueños.

-A veces, en el centro mismo del mundo, pasan cosas que no podemos explicarnos. Pero hay que abrazar lo que se ve y lo que se siente, estudiar, pensar, preguntar y tratar de comprender que no todo es como te enseñan en la escuela.

“Comprendo”, murmuró de nuevo la niña.

Sí, la niña comprendía, se dijo Herminia mientras comenzaba a preparar la masa y rió para sus adentros. No por nada había heredado tantas... magias... De todos sus chicos, esa era la más extraña.

Y ahora están allí, en silencio.

Herminia observa atentamente a su bisnieta, mientras la niña intenta leer, sabiendo que tiene aquella parda mirada clavada encima.

Baja el libro, como quien atiende pesadamente a un llamado y la enfrenta. Aquella mirada es contundente. No pregunta, ni responde. Provoca, hostiga, golpea fuerte. Una mirada clara y lúcida, pero imperturbable.

“En ella se detienen los demonios que atormentan al padre y al padre del padre”, dice para sí misma Herminia.

La llama con la mano y se acerca a la olla de la salsa (que ya parecía tener vida propia) con un pedazo de pan.

La niña se levanta de la silla de un salto y se acerca con paso rápido y corto, casi un trotecillo de platero. Se para al lado de la mujer que con el tiempo se había vuelto cada vez más pequeña, casi eran de la misma estatura.

Apoya apenas los dedos en la mesada fría y espera observándola con sus ojos enormes y oscuros, pero claros y astutos, ahora sí llenos de curiosidad, esperando el premio al silencio compartido.

Herminia moja el pan en abundante salsa, sopla suave y se lo acerca con una sonrisa cálida, como el fuego que hace bailar las ollas.

La niña sabe que no se quemará, sabe que aquello será más rico que el domingo pasado, sabe que tiene el privilegio de ser la primera con un trocito de pan ensopado.

Huele con los ojos cerrados, lo saborea un momento antes de probarlo y muerde con ganas el rojo manjar.

Si algo hace la abuela (su bisabuela, pero le dice abuela por costumbre), era magia en la cocina, con aromas, fuego, luz y sabores.

Entre las dos se crea un lazo más: el de la magia compartida.

# Una Tormenta

Sentada en el gran sillón de respaldo presidencial, con las patas de garras de león, acolchado con cisnes muertos y tapizado con seda china, Mariel movía sus piecitos que no llegaban a tocar el suelo.

A su lado, recostado contra el posabrazo del gran sillón, donde hubieran entrado tres Marieles, estaba un libro gordo que esperaba con ansias poder seguir leyendo, luego de tan magra comida.

Delante de ella la gran mesa, con grandes platos, gigantes vasos, elegantes cubiertos de plata y soperas, ollas, salseras, cucharones de cerámica importada con filigrana de oro.

Movía los pies, siguiendo una canción que tenía prendida a los labios, que murmuraba bien dentro de su pecho, movía la cabeza llena de rulos oscuros y miraba perdida su enorme plato con pequeñas migajas de cena.

Porque, aunque la casa era suntuosa y los comensales a los costados y las puntas de la mesa eran elegantes y soberbios, la comida consistía en pedacitos de queso de la trampa de los ratones, miguitas del pan del pobrecito descalzo de la esquina, unos huesos robados al perro y plantas arrancadas del jardín de los vecinos.

—Hay que ahorrar —decía la gran nona, mirándolos a todos severa,

mientras que encima de su cabeza teñida de color marrón cobrizo centelleaba una araña con veinte portalámparas, cada una con focos de alto consumo.

En la heladera siempre había chocolates que comía sola y en los cajones, si uno buscaba con astucia, encontraba grasosas papitas, maní y palitos salados que la nona escondía de la voracidad de los niños.

—No hables zonceras delante de tus dulces primitas, guaranguito mujeriego —le espetó a Gerlén, hermano de Mariel.

—No abras las piernas, zorrita, mocosa de mierda. Que les das un mal ejemplo a tus primitas de porcelana —le decía la gran nona a Claudel, la hermanita menor de Mariel.

—Yhurecito, no te sientes sobre la seda que la vas a manchar con tu grasa corporal. Ponete un toallón, así no tocas tan fina tela. Qué van a decir tus sobrinas y tu tan buena hermana mayor, que son tan respetuosas y hermosas —le decía al padre de Mariel.

Pero Mariel no escuchaba, se perdía por momentos en su cántico mudo, que resonaba en sus piecitos y en su pecho, guardado de oídos ajenos.

Cada tanto, tocaba el lomo del libro, lo abría un segundo y seguía mirando el plato de magros manjares.

—Mariel, Marielita, deja esos libros que de nosotros te esconden. Siempre tan silenciosa, tan solitaria, siempre con libros, creyéndote tan inteligente. Te hacen mal. Nos hacen mal. Nosotros aquí compartimos nuestras miradas o un buen programa. Nunca un libro. Los libros los lees sola y te alejan de nosotros, que somos tan felices. No les des un mal ejemplo a tus primitas, tan inteligentes ellas, que no leen nunca, porque no les hace falta.

Las tres primitas todas de porcelana, bellas, inteligentes, silenciosas, sonreían complacientes ante su abuelita querida, a la que habían aprendido a querer por su cariño hecho ropa fina y su amor hecho regalos suntuosos, aunque en sus ojos había compasión por sus primos.

Mariel suspiró, acomodó con un dedito sus enormes anteojos de marco rosado y miró atentamente el lugar vacío en mesa.

Muriel era una mujer difícil de querer.

Parecía mirar la vida desde arriba, con la suficiencia de aquellos que merecen arrugar la nariz ante las adversidades de las cosas pequeñas y grandes.

Parecía no poder amar a nadie, no vivir la vida (ni dejarla vivir), y despreciar los lujos de una vida simple y amorosa, pobre, pero rica.

Parecía que sus garras se acentuaban cuando alguien se metía con cualquiera de sus tres hijos.

En su mirada impenetrable siempre regía una frialdad metálica, desamorada de cualquier vestigio de compasión. Sus reacciones a veces eran demenciales: saltar la delgada línea de la cordura era su deporte favorito. Acompañaba el desencaje total de su rostro, que se transformaba en una mancha blanca y extraña... lo que helaba el espinazo a más de uno.

Las manos hermosas de marfil sobre el regazo, las bellas facciones levemente levantadas sobre la mirada de los demás (siempre más humildes e indignos que ella), los ojos ya descritos y (vale recordar) tan fríos, la hacían difícil de querer.

Comprenderla era la empresa imposible, que solo un idiota como Yhure se había planteado atravesar, pero la amaba tanto tan tontamente y, al mismo tiempo, con una pasión violenta que la terminó de alejar.

Por eso Muriel ya no estaba en la mesa familiar (y por muchos otros motivos), pero el vacío que dejó era evidente y el gran sillón presidencial lo acentuaba aún más. Faltaba en las tardes de verano en la casa de la nona, porque era la única que podía reivindicar a sus hijos; se la extrañaba en los cuentos de la noche que igualaba las pequeñas cabezas de los primos; hacía falta cuando la cordura abandonaba a los adultos y eran los niños los que tenían que dejar los juegos para hacer los quehaceres del hogar.

Muriel ya no estaba para nadie y siempre dejaría vacíos realmente llenos.

Porque tan detestada había sido, que en los lugares donde ya no estaba se materializaba a través del odio que algunos sentían por ella.

La mesa chillaba, chirreaba, gruñía, se quejaba.

Debajo el caniche de la nona (bebé, bonito, nene de mamá, tan

dulce, tan chiquito él e inocente) se aferraba a las piernas de los adultos, dejaba manchas en los pantalones, los azulejos, las patas de león de las sillas.

Arriba los tíos ricachones reían por las travesuras del animalito y lo levantaban para besarle el hociquito mojado.

La tía mayor hablaba alto, se ponía colorada, brindaba por todo, bonachona, alegre.

Yhure miraba el suelo, como embobado, algo pasado de copas. Cuando se acercaba el caniche candente, lo pateaba y era recriminado por los otros mayores (el nene, el Bebé, pobrecito, si no hace nada).

El semi-nono (segundo marido de la gran nona, aún milagrosamente vivo), estaba furioso. No lo dejaban beber más de la necesario.

Las cosas saltaban encima de la mesa. La gente golpeaba. Largaba risotadas. Se ahogaba, escupía la comida y volvía a tomarla con la mano y volvía a tragar.

Mariel se cruzó de brazos. Quería que terminara el circo del almuerzo “familiar”.

Quería leer su libro.

Miró atentamente el lugar vacío en la mesa.

Volvió a suspirar.

Su abuela al observar su gesto, tiró al sillón vacío varios huesos robados al perro.

En Navidad, Pascua o cumpleaños, Muriel se sentaba en la punta de la mesa, con los familiares de Yhure a los lados.

Las manos aferraban como garras los bordes de la mesa. El cuerpo levemente inclinado hacia delante, como si revelara una posición demoníaca y señorial.

Y así, impertérrita a cualquier cariño de su esposo dominaba el aire que la rodeaba, lo enrarecía y atragantaba a los comensales con su simple mirada de hierro fundido.

La familia de Yhure la odiaba. La propia familia de Muriel la odiaba.

Todo el que la conociera la odiaba.

Era una mujer que se creaba pequeñas y estúpidas enemistades a donde iba.

Sin embargo, ya se sabe lo que se dice de este tipo de personas: generan una gran pasión en aquellas a las que logran conquistar.

Y por eso más la odiaban, la odiaban, la odiaban. Y cada vez se volvía más corpórea donde ya no estaba.

El almuerzo alcanzó lo máximo de la orgía oral, cuando todos se tragaron sus huesos y los vomitaron junto con insultos, palabras de mal agüero, malos deseos, viejos rencores y un pasado muy trillado y triste donde se contaba la historia de una madre que trabajaba para darle todo lo material a sus hijos, pero nunca amor. La gran nona se largó a llorar.

—Yo hice todo por ustedes. Lo hago todo. Les doy dinero para que se hagan sus casas, se compran sus autos y ¿así me lo devuelven? ¿Arruinando mi mesa?

La tía mayor, la tía menor y su marido y el desteñido Yhure se acercaron a besar sus manos.

Ella recibió el cariño de sus hijas y les acarició las cabezas, apartó a su yerno con una palmadita de disgusto y cuando Yhure la besó implorando perdón, ella sonrió con el asco arrugado en el medio de su nariz y se limpió la mano con alcohol en gel.

Perdonó a todos, dueña y señora de aquella mesa, de aquella casa, de todas las cosas de cada uno de sus hijos.

Miró a sus nietos con supremacía en el ojo derecho y un regaño brillante en el izquierdo. Así aprenderían quién mandaba allí.

Los nietos miraron los platos. Mariel los observó aburrida. Aburrida miró a su abuela. Aburrida miró el sillón. Y volvió a suspirar.

La gran nona se puso roja.

Afuera, en el poste que iluminaba la calle, estalló una luz.

Y ella no sonreía, ni siquiera internamente, sólo miraba la escena con la curiosidad de un perro asesino que observa desangrarse a su amo, con la garganta destrozada por unas fauces que no reconoce como suyas.

Sí, así era Muriel.

Vivía constantemente fuera de la ley familiar y sólo amaba a unas pocas personas: su bisabuela tan sabia, sus hijos tan dolorosamente paridos y a ella misma, por supuesto.

El resto, se podía curtir.

Y la que podía bien curtirse y meterse un curtidor por la almeja era esa vieja, tan desapareja, tan perpleja, tan pataleja de su suegra. La gran nona. La gran pesadilla.

Vieja bruja oscura, que iba a brujas oscuras y hacían juntas brujerías oscuras.

Cuando Muriel decidió no ser parte de aquel circo de verano en el campo de su suegra, en la gran mesa rectangular, con patas de león, con sillas con patas de león, donde las cucarachas se creían leones que podían devorar niños, cuando Muriel por fin dijo Basta Vieja Bruja, se declaró la gran guerra con la gran nona.

Y allí estaba, sentada en el sillón de patas de león, sonriendo con furia: el odio de los otros que le daba cuerpo y presencia en el gran salón.

Aquellas vacaciones en el territorio de la gran bruja, digo, la gran nona, ya no eran vacaciones. Los niños ya eran lo suficientemente mayores como para hacerse cargo de lavar los platos, pero eran muy niños como para irse de aventura al medio de las sierras.

Los niños eran lo suficientemente maduros como para tender sus propias camas y hacer silencio durante la noche, pero eran muy niños para pasar un momento a solas consigo mismos bajo un árbol, leyendo.

Eran muy grandes, como para barrer los pisos. Pero no podían decidir si querían ver tele o ir al patio a jugar o dibujar tranquilos. Eso lo dictaba la gran nona.

En la mesa todo se volvía aburrimiento.

Ya los mayores padres y la tía menor y su esposo (que eran padres de tres alegres, ladradores, chillones, chirriantes, gruñones, insoportables, caniches) habían arrastrado la lengua a través de la larga mesa para pedir perdón. Habían besado los pies de su venerada madre y se habían sentado en sus lugares, dejando que el caniche de la gran nona les apretujara la pierna.

Mariel suspiró de nuevo y achicó el cuerpo lo más que pudo en

su sillón. Intentaría escaparse para seguir su libro en cuanto pudiera deslizarse un poquito más abajo, donde nadie la viera...

—Niña, ponte derecha –ordenó la gran bru... nona-. Ponte derecha, que vas a crearte una joroba y serás más fea de lo que eres. ¿Qué ejemplo les vas a dar a tus pobres primitas, que son tan bonitas y derechitas?

Mariel puso su mejor cara de ojete y ni la miró.

Siguió observando el lugar vacío donde flotaba el cascarón de piel de odio que había dejado su madre (como regalito para la abuela).

La gran nona pegó con los puños en la mesa y como su cuerpo débil no movió ni un poco los cimientos de Mariel, ordenó a Yhure que golpeará la mesa y gritara.

Y así lo hizo.

Muriel puso un cazo lleno de piedras embrujadas a un costado de la puerta.

Llamó a brujas amigas y ataron un pelo de la gran nona en la cola de un perro. Se decía que este hechizo era muy efectivo y el resultado se daba a modo de rebote: si la vieja bruja le echaba una maldición, esta sería como un perro que se sigue la cola y volvería a ella. La verdad es que funcionó, porque a la abuela empezaron a salirle pelos de perro en donde deberían ir los vellos finitos del bigote.

Muriel se hizo muy fuerte lejos de aquella zona oscura que la devoraba: de la mesa, del campo, de los sillones presidenciales, de la vieja bruja con su caniche intolerable y sus hijas zalameras y su segundo marido que odiaba todo porque era el segundo, pero amaba a la menor porque sí era de él y se parecía a él y no a la bruja de su esposa.

Muriel se alejó todo lo que pudo y desapareció de los espejos, de las cartas del tarot, de las letras de la ouija, de las runas célticas, marcianas y enanas. Desaparecieron sus cartas, sus fotos, su ropa, nada le quedó a mano a la vieja bruja. No pudo perseguir a Muriel, que reía loca, saltando su delgada línea de la cordura. No viviendo su vida ni dejándola vivir a los demás.

Sin embargo, no desapareció su forma de odio de aquellos lugares en donde más la habían odiado.

Muriel sonreía, porque lo sabía... y eso algún día explotaría.

La gran nona se levantó. Tomó el libro de Mariel y lo arrojó a un lado. La tomó de un bracito y la sacudió fuerte.

—Tu madre no está ahí, tu madre no está más, para nadie. Ni para ti, ni para tus hermanos. ¿Me oyes? —sacudió de nuevo a Mariel y sus hermanitos comenzaron a gritar que la dejara en paz— Nadie te puede entender. Estás sola y te quedas sola con tus libros y te vas a quedar sola por el resto de tu vida. Tus primitas no te quieren, tus hermanitos apenas te aguantan, ni tu abuelo, ni tus tías, ni tu tío te aprecian. Ni yo. Nadie te quiere.

—Yo... —empezó a decir Yhure.

—Y tu padre escupe sobre la simiente que te escupió —la sacudió una vez más y la tiró en el sillón, como si fuera una muñeca de trapo.

Mariel tenía los ojos llenos de lágrimas.

Todos la miraron en silencio.

Ella volvió a mirar la sombra en la silla vacía. Se calmó. Suspiró.

La vieja bruja aulló de rabia.

Muriel era perseguida, por sus odios, por los que la odiaban, por la vieja oscura de su suegra.

La gran nona no la dejaría en paz, porque nunca la había dejado en paz, siempre había opinado sobre su ropa, su familia, sobre sus estudios, sus elecciones, sus no elecciones, sobre los hijos, lo que comía, lo que cagaba, lo que sentía, lo que respiraba.

Siempre había opinado, aquella vieja, sobre cómo debía ser la familia de Muriel, la familia que se merecía su hijito Yhure (pobrecito él, que se había casado con esa bruja infernal, con cara constante de orto, que se creía tan superior, tan inteligente, porque sabía leer y pintar y escribir y volar).

Aunque, para no faltar a la verdad, la gran nona odiaba a su “Yhurecito” y lo maldecía por ser tan parecido a su primer esposo.

Todo lo que le parecía parecido a algo que le parecía, llevaba su maldición encima.

Sin embargo, Muriel un día decidió irse, alejarse de todos, menos de sus hijos a los que tenía cortitos y seguía a pie juntillas, como una sombra, sabiendo cualquier moco que se mandaban.

Muriel se fue a seguir a las tormentas, donde se creaba la lluvia, los truenos y se removían ciudades enteras.

Loca, loca de alegría, se fue a cazar rayos y agua. Aunque en realidad, buscaba un arco iris (algo que nunca se admitiría).

Mariel respiró profundo.

La gran nona seguía gritando.

Gritaba cosas incoherentes.

En realidad, gritaba. Nada más.

Miró de nuevo la cáscara de odio casi corpórea y suspiró, una vez más, aclarando su mente y modificando aquella energía en algo útil.

La vieja bruja la señaló con un dedo acusador, pero la niña la detuvo con una mirada contundente, que provocaba, hostigaba y golpeaba fuerte. La vieja enmudeció, esa mirada le recordaba a su marido, a... pero no había locura en ellos.

Los cabellos de Mariel flotaron levemente, mientras su pecho se movía como si contuviera un huracán.

Voló un plato que dio de lleno en el caniche, llevándolo muy lejos, partiéndose contra alguna pared de la gran habitación (y partiendo al insulto de perro, de paso).

Voló otro, que fue agarrado por la habilidad de rugbier del tío político. Este sonrió, bonachón, seguro de sí mismo, pero el plato explotó en su mano, dejándole medio dedo, tres cuartos de mano y un ojo de menos.

Otros pasaron volando por entre las primas, volaron sus enaguas y se pudieron ver sus calzones que decían frases en flúor como “por acá la entrada”, “por allá también”, “lameme la cachuza”, entre otras que Mariel no alcanzó a leer por las lágrimas de la risa.

Las salseras derramaron su contenido mohoso, las ollas se asentaron de sombrero en su padre, su semi-abuelo, sus tías y los cucharones empezaron a golpear hasta que se quebraron (aunque no sin antes dejar a todos bien aturdidos).

Las soperas atacaron a la bruja, derramaron su contenido y la sopa se convirtió en una gran ola que levantó los sillones y se llevó hacia afuera a los hermanos y primas que divertidos surfeaban. Los chicos no paraban de reír.

—¡BASTA! —gritó la gran nona, toda mojada, con unos cabellos de ángeles blanquecinos colgándole de la comisura de los labios.

Todo se detuvo, las sillas cayeron al suelo, la sopa huyó escaleras abajo, la mesa piafó, cayó y se le quebraron las patas.

Un libro voló por la habitación y volvió a las manitos de su dueña.

Muriel sobrevolaba los valles encantados, los mares encrespados, los días ajetreados. Vivía entre las nubes, perseguía un rayo y otro y otro. A veces, se distraía con una estrella fugaz y pedía un deseo.

Pero volvía a su caza perseverante.

Muriel cazaba su sueño. Ponía señuelos. Trampas. Pero seguía sin lograrlo.

Muriel seguía las tormentas.

La vieja nona, gran bruja, ser oscuro que se esconde en las sombras de los atardeceres para poder atraparte en la oscuridad de una telaraña de baba y miedo y necesidad y hambre, donde se retuerce el rencor, el odio, el dolor, donde no puedes mirarla a los ojos, ni decir, ni hacer, ni darle tu confianza y si se la diste, se caga en ella, en fin, la vieja bruja, miró a Mariel con el odio impregnado en cada venita de sus ojos.

Sus tías, su tío político y su abuelo, la observaban con resentimiento (y miedo, mucho miedo).

—Vos, sí, vos, no usted, vos, engendro de pus, hueco de pozo ciego, lleno de mierda, mocosa intolerable, altiva, soberbia, con cara de ojete constante, que te escondes en tus libros, tan superior, tan única, tan creída, putita creciente de piernitas regordetas, precoz mentalmente, físicamente, independiente, hija de aquel demonio de madre y de este inútil de padre que he arruinado a mi conveniencia, vos, pequeña muñequita de mierda, te odiamos.

Dicho esto, sus tías, su tío político, su medio-abuelo (siempre segundo, siempre), asintieron al unísono y se cruzaron de brazos, como si la coreografía estuviera bien practicada.

—Te pareces en esa carita blanca y sin pliegues, siempre joven y lozana, tan escupible, tan horrorosa, que da tanto miedo, tanta bronca, tanto odio, tanta envidia, te pareces mucho a tu madre.

Su tía mayor río con ganas y altiva, tan bonachona y hermosa como era dijo:

—Por eso no te queremos en esta familia: porque sos muy parecida a tu madre. Siempre lo fuiste.

—Y eso de irte sola, de creerte tan superior, eso de leer. ¡LEER! ¡En mi casa! Já. Pero mocosa, te vas a pudrir bajo mis zapatos. Te voy a enseñar dónde perteneces.

Dicho esto, se acercó a Mariel, pero algo explotó y se quebró con gran estruendo.

La gran nona miró azorada hacia los costados, pero nada raro se veía a su alrededor.

Sin embargo, lo primero que les llegó fue el olor a mierda y después el agua les mojó los finos zapatos.

Miraron las paredes.

De los agujeros de los enchufes y de la línea telefónica salía agua, agua servida, con un finísimo color gris amarronado y un finísimo olor a Luis XIV (muerto y sin bañarse).

Todos miraron asustados (asqueados, sería lo más correcto) a Mariel, el agua no la tocaba, pasaba alrededor de ella y seguía.

Ella sonreía.

Sí, tenía esa sonrisa suficiente. Sí, tenía una cara de ojete.

Sí, le gustaban los libros, era inteligente y bastante cabrona.

Pero era feliz.

—Igual a tu madre... —murmuró la vieja bruja y levantó un brazo.

—No, yo no tengo enemigos, ni odio, ni junto rencor. Tampoco —le sonrió con picardía— persigo tormentas.

Un trueno resonó encima de ellos.

—Yo las creo.

Sonrió con sonrisa de piraña y dentro de la gran casa se desató un vendaval.

Mariel desapareció, dejando cual Cheshire su sonrisa en medio de la tormenta.

—Te dije que no servían.

Mariel se encogió de hombros, la verdad es que ni le importaban ya.

—¿Y tus hermanos?

—Seguirán fingiendo por ahí un aprecio que quieren, pero que no se les devuelve.

Muriel frunció la boca.

Ambas miraban desde la cima de las sierras un atardecer limpio y frío, como está el cielo después de una tormenta concentrada en una casa.

—Así que las creas... —Muriel rechinó los dientes, disgustada consigo misma.

—Claaaro, así uno deja de perseguir la felicidad.

Muriel la miró con las cejas levantadas.

Mariel le sonrió divertida.

—Esa también la crea una misma.

Muriel miró la tormenta, que se creaba encima de ellas.

Abrazó a su hija.

# La Casa de Eva

Varios le temían a aquella casa. Se les llenaban los brazos de piel de gallina de sólo pensar en quedarse a dormir allí.

Pero ella, desde pequeña, había pasado veranos enteros y nunca le había temido. No amaba la casa, pero la respetaba, sentía en ella el paso de cientos de cosas, personas y pensamientos. Pero a diferencia de esas casas de terror con décadas de desgaste, ésta sólo tenía veinticinco y la había construido su abuelo.

Después de tantos veranos de visita, al fin, viviría en ella. Más por necesidad que por propia decisión.

Al fin se encontraría con sus fantasmas y sus silencios, con sus paredes de ladrillo y esa única y enorme pared de vidrio que daba al jardín, ese jardín siempre silencioso y expectante, con apariencia de calma agresividad.

La casa, ella lo sabía, era un tremendo monstruo con vida. Y ella sería parte de todo lo que había en sus vísceras. Así lo aceptó y pactó con ella, en silencio, tocando suavemente los ladrillos, hablando mente a mente con aquella mole llena de oscura quietud.

La casa estaba enrejada, completamente enrejada. Para no dejar entrar ladrones (ni amantes), para no dejar salir personas (ni fantasmas).

Era una jaula o ella se sintió así en ese lugar, mientras acomodaba sus cosas en la pequeña habitación en la que viviría unos años, los necesarios durante el tiempo que estudiara en aquella ciudad.

Ordenaba con cariño sus libros, pensando, sintiendo el sordo respirar de los ladrillos, el opresivo ambiente, quieto, sin aire que corriera.

Se dio vuelta para mirar qué más le faltaba ordenar y allí estaba el rostro blanco y silencioso de su abuela, que la observaba seria, mientras ella daba un vacilante paso atrás y se llevaba la mano al pecho.

—Me asustaste.

—Perdón.

—No hiciste ruido...

Silencio en aquel rostro blanco. Nunca haría ruido y siempre aparecería en el vano de la puerta del mismo modo.

La abuela, Eva, sonrió levemente.

—¿Quieres té?

La joven asintió.

Eva se retiró, ahora sí, haciendo ruido de chanclas por el largo pasillo que llevaba a las escaleras. Mariel, con el corazón todavía desbocado, se acercó hasta la puerta y apenas se atrevió a mirar hacia el pasillo, con su ojo izquierdo, su ojo malo, el que veía... cosas extrañas.

Se alejaba la pequeña mujer, pero la sombra oscura se le alargaba hasta el techo, como dos grandes alas negras, plegadas, pero que le pesaban en la espalda apenas encorvada. Y detrás iba aquel séquito de sombras negras, casi transparentes, que marchaban en silencio.

Algo le dijo que una de esas sombras se daría vuelta y la miraría, la descubriría y... Se metió a la pieza, cerró la puerta y empezó un pequeño ritual de protección.

—Las cosas se mueven en la casa de la abuela —le había dicho su madre, mientras preparaban los bolsos.

—Sí, sé.

—Es ella.

—Ajá.

—Es medio bruja, ve cosas y predice muertes —le había dicho su madre, mientras cerraban una valija.

—Sí, sé.

—Bueno, es bastante bruja.

Adela la miró, con esa mirada penetrante, heredada del padre.

—Yo también.

La madre se rió. ¿Quién no lo era en su familia?

Prendió un sahumero y una vela blanca que tenía escondida por ahí. Marcó con un lápiz blanco las paredes e hizo pequeños signos de protección, llamó a su ángel de la guarda (el que tenía desde pequeña... aunque de ángel no tenía ni medio pelo) y él, ese ente grisáceo y sonriente (una sonrisa medio burlona) la ayudó a sacar de adentro los rastros de sombras pegadas a las paredes.

—Bienvenida a La Jaula –sintió que él le decía.

—Gracias... –murmuró torciendo la boca y mirando hacia afuera, donde caía el sol que parecía enrejado... pero la que estaba tras las rejas era ella...

Eva llama a los espíritus.

Y no le gustan, pero los llama.

Los ve, los siente, los deja vagando por toda la casa.

A veces resulta ser... sofocante.

Esa casa parece estar constantemente en tensión.

No se puede respirar por momentos, sobre todo en los días en que Eva está de malas o deprimida o enojada por-no-se-qué-cosa, “contodosyportodo”.

Quedarse un rato en esa casa, justo en esos días, es como manejar toda una mañana una amoladora, en medio de una calle llena de tránsito, en donde la gente va como loca, a los bocinazos, las puteadas y los frenazos.

Una noche, después de esos días de furia silenciosa de la abuela, Mariel se quedó hasta tarde, escribiendo un largo trabajo para la facultad.

Estaban solas en la casa, cada una encerrada en su habitación.

Pero en la pieza de al lado, donde nadie dormía, alguien muy culto (quizás algún viejo familiar) se ponía a leer una revista, mientras que alguien muy hacendoso (quizás otro familiar insomne) acomodaba las sillas abajo.

Adela revoleó los ojos. Pidió silencio. Silencio se hizo.

No, no podía ser la abuela. Ella se encerraba en su pieza y en la

parte de abajo ponía la alarma. Cada una tenía un baño en la planta alta, pero Mariel no podía ni pensar en hacerse un té.

Los días de enojo de Eva no eran muy usuales, pero esas semanas fueron un poco caóticas gracias al tío que iba y venía, pasaba antes y después del trabajo, traía reclamos de épocas de la secundaria... teniendo ya unos casi cuarenta y cinco años.

“Una vez me diste una taza sucia. Sí, la lavaste, pero la secaste con un trapo húmedo, después me serviste la merienda y la taza tenía olor a húmedo. Vos querías matarme con los gérmenes de esa taza”, había pasado cuando tenía unos siete años.

“Cuando me levantaba siempre me salía sangre de la nariz y nunca hiciste nada. Quizás me estaba muriendo cada mañana de un derrame cerebral”, le pasaba en su juventud y eran los nervios.

Esa tarde fue igual: transcurrió con alguna pelea o reclamo absurdo y él se fue dejando todo su pesar encima de Eva.

Adela llegó de la facultad, muy tarde y apenas pudo comer. El ambiente estaba pesado y cargado de reclamos, como burbujas de gas que flotan y amenazan con explotar en cualquier momento.

Muy tarde, esa noche, fue a bañarse.

Ya la jaula estaba cerrada, puesta la alarma, la abuela se había encerrado y probablemente dormía.

Debían ser las tres (oh, qué casualidad, ¡hora de brujas!) cuando salía del baño hacia el largo pasillo, envuelta en su toallón y en un fantasmagórico vapor.

Alguien, con las uñas bien largas, comenzó a golpetear en la baranda de metal de la escalera.

Mariel se quedó en silencio un momento, escuchando, era alguien que estaba en la primera planta... Miró sin miedo (bah, sin sorpresa) la escalera iluminada.

—Chist, silencio –murmuró molesta. Silencio se hizo.

Se fue a dormir, tranquila.

La casa parecía respirar profundamente, cansada.

Eva se levantó temprano, hizo su desayuno y la esperó, sentada en el comedor.

Mariel bajó lentamente, renegando de la mañana, del trabajo, de la facultad, con las lagañas aún colgándole.

La vio y la saludó con un murmullo, metiéndose a la cocina.

—Acabo de ver a mi madre –Mariel sacó la cabeza y la observó, enarcando las cejas oscuras–. Estaba sentada al lado del televisor, me daba la espalda. Tenía un camisón blanco y el pelo demasiado largo, blanco.

—¿Se dio vuelta? ¿Te dijo algo? –preguntó volviendo a la cocina.

—Nada. Estaba ahí.

Llegó con su té. Se sentó enfrente de ella.

—No es la primera vez que la veo. Otras veces la he visto también. Hace no mucho, cuando se murió Marito, tu tío abuelo, él vino a despedirse esa misma noche. Desde la ventana de mi pieza me saludó y me dijo muy jovial, como él era, ¿Puedo entrar? Y yo prendí la luz y no había nadie.

—Y sí, medio difícil está llegar a esa ventana. Dudo que Marito se trajera una escalera –dijo casi riéndose–. Me había contado mamá... qué ganas de joderte, ese otro.

—Sí, sí. Y también me vino a molestar tu abuelo.

El abuelo era un caso especial.

Fue a MOLESTAR a medio mundo.

La prima de él lo vio delante de la vieja casa de la bisabuela Rebeca, vestido de traje gris, muy elegante y “pituco”, como era en vida.

Y a Eva se le había aparecido a los pies de la cama, vestido de traje gris y perfumado con ese jabón de Heno de Pravia que todos terminaron odiando.

El día que llevaron el cajoncito con sus cenizas a la casa materna de Mariel, todo el mundo lo miraba con recelo.

Lo confinaron a la pieza más apartada y fría de la casa y lo encerraron con llave, “hasta que pudieran dejarlo en el cementerio donde está la cripta familiar”, decía su madre.

Sin embargo, el viejo se dedicó a largar perfume de Heno de Pravia por toda la casa.

No se podía estar en el living, que olía a él.

Se metió en las piezas, conoció la habitación de su hija, a la que nunca había entrado y durante el almuerzo todos tenían el estómago revuelto.

Cuando llegó Mariel, con unos diecisiete años y en pose de chica “pseudodark”, a la que la vida le chupa un ovario, que escucha música

y se mete en su mundo, entró en la piecita donde estaba el viejo, lo saludó como si estuviera allí, le pidió que no la molestara mucho, pero si quería hablar, que hablaran y prendió la computadora.

Se quedó escuchando música con el abuelo, pero cambiaba de canción cuando el cajoncito crujía.

—Y esa noche, la noche que se murió... sí, lo vi, así, con el traje. Y a las dos horas me llamaron para avisarme que había muerto.

Mariel asintió en silencio. Ella lo veía (o se lo imaginaba, para el caso era lo mismo) en forma de un gato gris gigante. Se sonrió. Pero miró al lado del televisor y le dio un pequeño escalofrío.

Quando Eva se iba de viaje, todo se aliviaba.

Dentro de la casa cerrada corría aire.

Mariel hacía un pequeño ritual de limpieza, llevando un sahumero de aquí para allá, dejando a “los buenos” andar a su antojo, con ella, escuchando música, dibujando, o estudiando con mate hasta altas horas de la noche.

A todo “lo malo”, aquel cúmulo de rencores y odios que a veces dejaba sin oxígeno a la casa, lo encerraba en la pieza de Eva. Les pedía disculpas, les prometía que saldrían sí y solo sí cambiaban el humor y les prendía un sahumero y una vela.

La cuestión funcionaba bastante bien.

Una de esas noches se le cortó la luz y entre velas, comía tranquila en la cocina, sentada en la mesada, rodeada de una luz diferente a la del simple fuego. Algo brillaba dentro de la casa.

Después se puso a escuchar música en su celular y dibujó en la semi oscuridad un paisaje lejano de su mente. La casa respiraba aliviada.

Sin embargo, la Jaula volvía a alterarse cuando Eva regresaba y ponía su humor y su energía al servicio del cúmulo de recuerdos que no se borraban aunque el tiempo pasase...

Lo habló muchas veces con ella, pero era difícil hablar con una vieja bruja oscurecida por los recuerdos.

Sólo en su pequeño santuario, su habitación, Mariel encontraba un poco de resguardo. Era donde siempre primero brillaba la luz del sol y donde nunca, pero nunca, ninguno de “ellos” traspasó los límites.

Era el único lugar donde aún corría aire aunque todo estuviera cerrado. Allí siempre estaba rodeada de esa luz diferente a la del simple fuego.

Eva realizó uno de los viajes más largos cuando llegaba la primavera. Se iba por una semana y media.

Mariel preparó la casa, la limpió como siempre y se quedó sola, en silencio y en paz con la casa que respiraba.

El aire se colaba por los ladrillos y los brillos blanquecinos aparecían por las escaleras, los rincones o debajo de la mesa.

Mariel se levantaba y recorría el largo pasillo bailando y saludando a sus ancestros y a la casa.

Habían pasado varios días de paz, cuando una mañana encontró abierta la puerta que ella misma cerraba con llave.

La habitación de su abuela, a pesar del sol, estaba oscura y todo se había liberado, algo rondaba como un buitre: buscando, esperando, dando largos giros en aquel techo altísimo.

Mariel respiró hondo y quizás ese fue su error. Algo se metió allí, en su pecho, mientras volvía a encerrar lo malo, lo oscuro, el rencor macerado por los años de comerse las uñas, la cabeza, pensando en los males que no se habían curado... todo aquello que su abuela siempre llevaba a cuestras.

Pasó un día, dos... al tercero, cayó en cama.

Nunca había tenido fiebre, pero volaba en cuarenta. Nunca se había descompuesto tanto, pero volaba al baño cada vez que su cuerpo se lo pedía. No podía pararse, se doblaba para que el estómago no le doliera. Y escuchaba. Los escuchaba.

Entró al baño y la luz se puso roja, allí estaban algunos que habían escapado. Pasaban por el pasillo, se arrastraban por las paredes, lo ensuciaban todo de sombras.

Volvió a su cama. Por suerte al santuario no entraban, no podían. Él estaba ahí, su ente grisáceo y sonriente, que se preparaba con su guadaña plateada para rebanar cualquier oscuridad que intentara adentrarse.

Y ella, desde el delirio de la fiebre, logró llamarlos. Los llamó. Al gran gato gris, que caminó por las barandas de metal de la casa, apenas haciendo ruido, llenando todo de olor a Heno de Pravia. Y llamó a una antigua bisabuela, que se convertía en perro negro.

Escuchó sus grandes pisadas, las uñas contra el piso, y vio pasar el lomo oscuro por la puerta.

Y llamó al gran perro blanco, su tatarabuela, madre de la madre, de la madre de su madre: una vieja curandera que vivió sola en el monte, curando la culebrilla y el empacho. Y llamó a aquellos que vivieron del otro lado del mar. A guerreras y soldados, a brujas y chamanes, a gitanos y adivinas, a bailaoras y al canto de las entrañas de la tierra, que eran todos ellos, que estaban siempre en ella.

Mariel se hizo con la casa, de paredes sucias de sombras y se dejó llevar a sus vísceras, al corazón que latía en el fondo de la tierra, en medio de los pilotes que la sostenían y se hizo una en ese universo que retumbaba como el ruido de un tambor Y juntas, el corazón de la casa y ella, subieron de nuevo con el aire que atravesaba los ladrillos y se volvía a mover allí adentro.

Al mismo tiempo, las cañerías se abrieron, el agua empezó a salir negra, hasta volver a ser transparente. El fuego de las hornallas crepitó suavemente, el calefón se quejó con sonoridad y las plantas cantaron desde el patio.

Se encontró con los suyos y juntos entraron a la gran habitación donde se caldeaba la desesperación y con luz que no era luz y fuego de las velas y aire salido de los ladrillos, agua que corría por todas partes y vida y una canción en los labios de todos, rompieron la muralla que protegía al buitre que esperaba en silencio girando en el alto techo.

Allí estaba, la condensación del odio, el rencor hecho plumas oscuras, el miedo a ser feliz en un pico que destrozaba sueños. Allí estaba aquel ser que se apoyaba en la espalda de su abuela y que venía a posarse en la casa, como dueño y señor de la gran Jaula.

Mariel y los otros lo observaron. Ella empezó a reír. Todos rieron y le dieron la espalda. Lo dejaron allí, solitario, consumiéndose a sí mismo y esperando algo... algo que ellos no le darían: ni su tiempo, ni el odio con el que se alimentaba.

Mariel cerró la puerta, desde su cama, pero parada frente a aquella puerta. La cerró y murmuró fórmulas que pocos sabían y se alejó observándola.

El buitre estaba confundido, ella lo sabía, olía su desconcierto y... el miedo... el miedo de saber que ella no estaba sola, de que no era

una, de que eran muchos, condensados en sus buenos recuerdos, en el corazón de una chica a la que se le iba la fiebre, mientras estaba en su cama, pero parada frente a la puerta, sellándola.

Mariel murmuró, frente a la habitación y desde su cama: soy bruja, también soy bruja.

La casa volvió al silencio, a respirar.

—¿Pasó algo mientras no estaba?

—Nada.

La abuela la miró, con desconfianza.

—Tuve fiebre, nomás, pero ya se me pasó, estoy bien.

—Ah... —la miró, esperando algo más. Pero Mariel le sonreía—. Hay algo raro en mi habitación... y en toda la casa.

—No, nada. Sólo limpié —dijo, observándola con la cabeza inclinada.

Se cruzaron las miradas, algo batió las alas, arriba. Se escucharon pasos de perro y el maullido de un gato. Las alas callaron.

Mariel sonrió.

Eva se dio media vuelta, se alejó, quizás, a pensar en alguna cuestión del tiempo, los recuerdos y lo mal que le había hecho tal o cual persona... pero el séquito oscuro se quedó entre la joven, alejándose del rencor que los ataba y dejándose llevar por el viento que atravesaba los ladrillos y los volvía pequeñas luces blancas, casi como fuego, pero que era otro tipo de luz.



# Su Música

Salió el sol.

El invierno no le gusta.

Le encanta el frío del otoño, ese frío no tan frío que con un poco de sol se pasa. Pero al invierno no hay con qué darle.

El sol se apaga y su calor también.

Sólo es una enorme lámpara colgada en el medio del cielo, que enciegece, pero no calienta una bosta.

Pero hoy salió el sol. Y hay viento fresco. Pero no hace frío.

Va con su música interna dando saltitos en medio de la vereda, como una criatura loca de atar.

¿Cuánta gente bailará sola en estos momentos en medio de la vereda, pasillo/pasaje o calle del mundo?

Es como aquellos biciurbanos que van cantando a todo lo que dan sus pulmones, en medio de la calle, arrancando una sonrisa a aquellos que aman a los locos que cantan por cantar.

O como un niño que de repente recordó la nueva canción que aprendió en el jardín y empieza a cantarla con una voz dulce y chillona para que todos en el colectivo se deleiten con su novísima y tierna voz.

Ella siempre lleva música dentro de sí, como el tipo de la película

“Sueños de Libertad” que sobrevive al confinamiento solitario escuchando la música en su cabeza.

Ella así sobrevive a esos momentos de soledad de su alma, cuando el mundo se agolpa a su alrededor, pero ella se siente sola.

A veces es como el tipo de esa película.

Pero ella baila sin descanso.

Y es libre.

Como bruja ha logrado apreciar mucho lo que la música produce en la gente.

Y es cierto eso de que “calma a las bestias”.

Sólo hay que saber qué música le gusta al otro, para detener y conquistar a la bestia interna que a veces sale a dar un paseo de furia indetenible.

Cuando comienza a sonar la música la bestia se adormece y la persona vuelve a la normalidad. Es como si el día comenzara realmente después de que sonara “ese” tema musical.

¿Cuántas veces no ha salido ella a un penoso paseo por el centro, con el ánimo y la cabeza alicaídos y de repente suenan unas notas en el aire y el tipo que toca el saxo por los bares de Córdoba le arranca una sonrisa tierna, un suspiro de tranquilidad?

Muchas.

Los músicos callejeros merecerían que les dijeran “che, gracias, mil gracias, hoy me hizo tanto bien escucharte” y darle millones para que siguieran viviendo de la música. Porque se lo merecen. Porque más de uno arrancó alguna sonrisa en esos días de sol que para los tristes son grises.

Y la música te marca, te cambia el día o la vida.

Hay bandas sonoras en la vida de cada uno.

Ella está aquí gracias a Careless Whisper. Sus viejos lo bailaron muchas veces antes de siquiera imaginarla. Ese tema fue como “la canción de apareamiento” de todos los que nacieron entre el 84 y el 86.

Pero a ella le cansa escuchar esa canción, como que la lleva en su información XX, en la sangre, en el pelo, en la mente...

Sabía a ciencia cierta que las bandas sonoras de la vida son tan importantes como respirar, dormir o cagar.

Convengamos que más de uno evitó matarse escuchando “ese

tema” que de repente comenzó a sonar en la radio... o más de uno lo hizo gracias a “ese tema” que escuchó en un momento X de su vida...

La música genera cosas rarísimas.

Es, de todas las magias, la más pura.

Hija de las palabras, las creadoras, y del ritmo, el lenguaje del alma, la música apela a nuestras más íntimas fibras sensibles.

¿Qué sería el ser humano sin música?

¿Qué sería sin sus canciones aquella chica que va bailando con su propio ritmo?

¿Qué sería su relación con su novio?

¿Qué serían los momentos más felices y más tristes de su vida, su infancia o su adolescencia?

Ahora va caminando por las veredas, dando saltitos, con el cabello enredado en rulos y más rulos, marrones, negros, rojizos, que el viento fresco se encarga de mezclar.

Por momentos es luz que ilumina junto al sol y que explota en una sonrisa incontenible.

Hoy está de buen humor y la música resuena en cada fibra de su ser.

Es música suave por momentos, de repente cambia a algo más violento, de repente son voces celestiales o Johnny Cash murmurando suavemente “Hurt”, uno de los últimos temas que cantó cuando murió su padre y uno de los más tristes y bellos que ha escuchado.

No sabe qué pasa hoy dentro de ella, pero el día se ha vuelto perfecto y ha convertido su mañana en algo que planea suavemente sobre un pentagrama vacío, llenándolo de fragmentos de canciones, notas perdidas, una guitarra, un chelo, alguna palma española... se mezclan mil figuras y la suben a una montaña rusa de sensaciones musicales.

Ella me contó, una vez, mientras íbamos con las puntas de los dedos agarradas a la baranda de un colectivo muy alto, que la música había sido creada por las brujas de piel de ébano oscuro, de algún mundo perdido.

Me lo dijo con la mirada soñadora, perdida en el paisaje que pasaba rápidamente, mientras el bestia que manejaba nos llevaba a mil por hora.

—No te entiendo.

—Es así. Yo creo que las mujeres brujas fueron las que aprendieron la música de los mismos elementos. ¿Cuál es el sonido más bello cuando llueve?

—Uh... cuando cae el agua en un techo de chapa -le dije con una sonrisa.

Me miró con sus enormes ojos de niña, sorprendida.

—Ah, sí, ese es hermoso también -pensó un momento y sujetó fuerte los libros y cuadernos que llevaba en la mano-. Sí, también. Pero yo creo que es la lluvia cuando cae torrencialmente en la ciudad, cuando lo golpea todo y de fondo se escuchan esos truenos que son como tambores violentos.

—Wagner está en los cielos.

Comenzó a reírse a carcajadas y más de uno se dio vuelta sorprendido ante la profunda risa de bruja que tenía la bruja musical.

—Totalmente. Pero me refiero a que esas primeras mujeres encontraron una magia nueva en la música. En las nanas para dormir, en los cantos para alegrarse, en los cantos para llorar. Cuando se moría alguien, cuando nacía otro, cuando hacían el amor, o llamaban a sus dioses...

—O sea, vos amás el Gospel.

De vuelta me miró sorprendidísima y asintió.

—Me leés como un libro, como si fueras una bruja.

—Eh... sos transparente cuando querés.

Se me acercó mucho, nuestras narices se rozaban.

—Para mí que sos bruja, Mariel.

—Y vos sos la Bruja de la Música. -le sonreí como si fuera lo más obvio del mundo.

Volvió a reírse, movió la mano, como borrando lo que acababa de decir y siguió explicando:

—Y de sus bellas voces llegaron a nosotros las canciones y llegó esa magia única que puede convertir un día aburrido en el más divertido de todos, en un día triste en el más alegre y viceversa.

—La música tiene el poder de unirnos.

—Por eso me encanta que la gente cante junta, un himno, en un recital, en su iglesia, en un velorio...

Una vieja la miró raro y ella se dio cuenta.

—Sí, hay gente que le canta a sus muertos.

Me reí y la apoyé:

—Copado... debe ser gente que canta mucho en vida.

—Sí... es bello cómo nos une la música en cualquier momento de nuestras vidas. Fíjate que para cada edad vas a tener un “tema” que te va a marcar o una banda o un cantante.

—Pablito Ruiz traumó a una generación entera.

—¡QUÉ MALA QUE SOS! —y volvió a reírse con ganas— Yo cantaba sus temas cuando era chica...

Me sonreí.

Ella, distraída miró afuera, me saludó con una sonrisa y se bajó del colectivo... bailando...

Y hoy, de nuevo, la joven bruja canta y baila.

Ha arrancado más de una sonrisa a un transeúnte, a su novio le hace feliz verla así, a la gente que la rodea le sorprende y le divierte, hasta le extraña esa faceta bailarina y loca que tiene.

Algo de ella quedó prendido a mis labios y empecé a cantar una vieja canción que atraía la tormenta.



# Elella

Llueve a cántaros más allá del puente.

El colectivo me deja lejos, pero no me importa caminar bajo la cortina de agua.

Los sonidos son ahogados por la caída de los cuerpos de miles de millones de gotas que se revientan en una muerte predecible contra el asfalto que se ha convertido en vómito urbano y agua dulce.

Delante, dudan un poco las luces de los antros de bailes exóticos y puteríos, donde es más fácil salir con demasiadas amantes de una noche y el culo tan florido como un ramo de crisantemos, que salir sobrio o realmente vivo.

Dicen que uno se pierde en esos tugurios.

Pierde un poco del alma, porque se la vende a amores pasajeros de a pedacitos; se pierden los ojos en el éxtasis del color; se confunde el tacto de tanto tocar glandes explosivos, tetas exuberantes y vaginas húmedas y calientes; se pierde la vida en una borrachera casual o buscada para olvidar; se pierde el olvido y se ama desenfrenadamente para poder olvidar que se lo perdió.

Y hacia allí me dirijo yo.

Las pestañas bajas cubriendo inútilmente los ojos que lloran ante

el flagelo de las lágrimas del cielo. El cabello negro pegado al cráneo, paseándose por mi cintura, enredándose en mis piernas, aferrándose a mi sexo.

Y en un pestañeo del cielo, el silencio antes de la explosión atronadora, me trae un llanto hecho grito desconsolado.

Delante se ha materializado un ser hermoso, mágico y angelical.

Parece traído por el rayo de luz que casi me deja ciega.

Sus ropas están rasgadas y muestran sus pequeños y firmes pechos, la boca abierta en un dolor agonizante revelan su lengua cereza, los labios dulces y jugosos abiertos en ese grito perdido que sólo yo he escuchado.

Es sólo un segundo que veo completamente a ese ser, hasta que se apaga la luz del relámpago.

El ser angélico se acerca a mí sin saber que estoy allí delante. Agoniza por dentro, mancha sus ropas con sangre.

Me acerco a ella, intento tomar sus manos, pero canales de sangre cruzan sus brazos, dejando a mi vista serpentinaz azules y moradas, que cuelgan de ella como una tenebrosa decoración de fiesta orgiástica.

Logro sentarla, acomodo sus venas, cubro con lágrimas y tela de mi vieja remera aquellos surcos mortales. El tiempo se detiene a nuestro alrededor. Las gotas bajan sobre nosotras suavemente. Ato las improvisadas vendas con mis cabellos y todo vuelve suavemente a su ser.

Deja de gritar, cuando planto un profundo beso en la frente.

La luz le ilumina los ojos azul marino y púrpura, que de seguro le robó a algún atardecer. Sus labios sonríen levemente, tiemblan como una hoja seca a punto de desprenderse, cuando peino sus cabellos de hilo de oro y limpio su rostro de maquillaje derramado.

Ella siente mi ser mezclarse con el de ella.

Mi magia corre rápido y le devuelve la sangre y la vida.

Nadie ha atacado a aquel ángel, lo sé cuando mi frente se posa en la de ella. Nadie lo ha mancillado, simplemente fue ella en un ataque de locura porque odia no saber amar, no poder amar.

Ha querido terminar con aquello que a veces es lo que más odia: ella misma.

Casi sentada encima de su cuerpo, la escucho latir, la siento respirar.

Rozo sus pezones cuando intento tajar aquel cuerpo desnudo, con la camisa rendida en la guerra contra su dueña.

Mis dedos tiemblan mientras intento tajarla con dulzura, para evitar que vuelva a gritar con aquel sonido ensordecedor.

Estamos semidesnudas, una encima de la otra, sentadas en un banco de plaza, de paseo o en alguna baranda del mismo puente, ya no lo recuerdo.

Una con su remera destruida por el ánimo de causar su muerte, la otra con su remera destruida por el ánimo de salvar la vida.

Ella sonrúe, con todo su rostro, con sus ojos, cejas, pómulos, labios y dientes perfectos.

“Te estás muriendo de frío”, me dice mientras toca mi pezón oculto entre mi cabello y lo que queda de mi ropa. Acaricia el tatuaje que tengo en la espalda, lo contornea con los dedos como si lo estuviera viendo: son dos perros, uno negro y uno blanco, que se mezclan en tinta de colores. Acerca sus labios a mi oído y suavemente me susurra “Hagamos el amor”.

Débil, suave, me acerca a ella, sus labios besan mi cuello, una mano levanta mi pollera, dos dedos corren mi ropa interior y ella me penetra, me penetra con suavidad, sus dos manos ahora en mi cintura, meciéndome sobre su cadera, sintiéndola dentro una y otra vez...

La noche y la tormenta han pasado y no sé dónde estoy.

—¿Tengo fiebre?

—Demasiada, nena, demasiada... Eso te pasa por andar haciendo cosas indecentes, en medio de la noche y bajo tremenda lluvia... Y dejé de sonreírme así, ¿qué te pensás, pendeja, que siempre te voy a estar cuidando como a una criatura?

—Ahora vos dejé de sonreírte. No me puedo parar... me duele todo.

—Y con semejante gripe... dejé que te ayude.

—¿Cómo llegué acá, Sebastián? ¿Qué hago en este antro?

—Será antro, pero es más limpio que el culo de una reina.

—¿De una reina?

—Sí, porque no cagan esos de la realeza, ¿no viste la cara de constipados que tienen?

—Eh, volvé, Sebastián... Pará, quiero preguntarte...

Silencio alrededor.

—Puto...

Me levanto con mi cabello negro y demasiado vivo para el gusto de cualquier persona normal, que se enreda en mi cintura y entre mis piernas, se aferra a mis manos y brazos.

Me levanto, me acerco al espejo.

—¡Estoy hecha bolsa!

Abrazo la almohada que me ha cobijado en mi sueño, camino por pasillos de color y chillidos alegres, miro con aire cansado y enfermo las habitaciones y allí, casi al final de aquella casa enorme, en una cama con dosel bordó, reposa el ángel de cabellos de hilo de oro y ojos robados al mar y a los anocheceres.

Estira con delicadeza un brazo, vendado en blanco y sin rastros de sangre, para señalar el espacio libre de la cama.

Me acerco arrastrando los pies, mordiéndome los labios, con los ojillos entrecerrados, como un dibujo animado. Tengo toda la cara congestionada.

“Adorable”, piensa el ángel. La escucho con claridad en mi mente.

Me acuesto en el lugar señalado, con la almohada bajo la cabeza y mis brazos ocupados por la cintura de aquel ser hermoso.

—Eres Elella... mi Elella...

Y Elella, la de los ojos de mar y cielo, sonrío. Me abraza como a un ser pequeño y oscuro, pero a la vez hecho de luz.

La he curado... la he salvado... nunca uso así mi magia, nunca salvo a nadie...

¿Me estaré volviendo buena?

# Palabras Pintadas en el Sueño de Leonor

Los últimos diez pesos se iban en las manos del mozo. Los últimos diez pesos de su ahorro se iban en ese café quemado y espeso, capaz de levantar del sueño a Gardel.

Ese día pagó un mes adelantado de alquiler y sus deudas, compró un paquete de fideos, uno de arroz y uno de polenta que alguien muy rápidamente se los había robado de la habitación de su pensión, y el resto de sus ahorros se iba en ese café de mierda.

Leía sin muchas esperanzas los clasificados.

Esa ciudad no lo quería, esa ciudad podía aplastarlo y si lo deseaba, cagarse en él. Ese lugar no tenía lugar para él.

Terminó el petróleo sin refinar de su taza y subió los quince mugrosos escalones hacia el baño.

—No hay papel, maestro –le gritó el mozo desde la barra. Él movió la mano espantando las palabras de mal agüero.

Un escalón: los amigos se mataban en un auto, porque un amigo de un amigo manejaba borracho haciéndose el que sabía participar en picadas.

Segundo escalón: la vieja se le enfermaba, moría a los pocos días por un cáncer maligno que nunca había presentado indicios (vos siempre hablabas del topo en tu cabeza, siempre).

Tercer escalón: su hermana se despedía de él, le decía que se iba, se alejaba del viejo, de su padre... cuatro días después la encontraban colgada. El viejo, su viejo, la había embarazado.

Cuarto escalón: cuatro días en cárcel después de dejarlo al hijo de puta hospitalizado.

Quinto escalón: el pibe de quince años que estaba en la celda le confesaba que tenía HIV, que se lo había contagiado el cana que lo había violado. Sí, estaba ahí por robar. No, no tenía padres. No, sólo había robado en un almacén, sin hacer quilombo ni pegarle a nadie. Sí, no era la primera vez, pero no era para drogarse, él no quería meterse en eso, quería comer...

Sexto escalón: se hacía amigo del pibe, salía de la cárcel y le iba a llevar comida. Le regaló ropa. El cana lo miró mal. “¿Tu nuevo novio?”, le preguntó al pibe.

Séptimo escalón: un móvil lo acorralaba, salen tres gorilas, lo tiran al piso, lo patean y una voz le dice al oído: “La próxima vez te rompo el gomín a vos”.

Octavo escalón: se iba de ese pueblo de mierda, lo dejaba todo, le donaba su parte de la casa a la madre del pibe. “Si vuelve el viejo, que viva en la parte de atrás... levante una tapia. Y aleje a las nenas de él”. Señora de cuarenta años, tres nietas.

Los otros siete eran los siete meses en la ciudad: un mes sin trabajo, dos meses sin trabajo, tres meses sin trabajo... El séptimo mes, se le acababan los ahorros.

Se los acaba en un café pedorro, quemado y espeso.

Se mira al espejo, se moja la cara y cuando vuelve a mirarse alguien le sonrío a través del espejo.

Se da vuelta, en la pared, detrás del inodoro un león vestido de domador de circo, todo sonriente y casi humano, decrepito y ajado, sostiene un mensaje: “No te rindas”.

“Qué laburo... parece pintado con... aerosol... pero...” Se acerca a mirar, pero el olor a mierda que sale del inodoro lo hace retroceder.

El león vestido de domador le sonrío.

Él se comió a su domador.

Sale.

Afuera llueve y no le quedan más cigarrillos.

—No te rindas... —murmura. Y se ríe de sí mismo. Las bocas de lluvia se llevan sus sueños y sus pocas esperanzas.

Se mete a una cárcel. Con la mierda de los inodoros aparece pintada: todo es libertad, incluso mirar esta puta pared gris. A un costado una gran ventana que parece real y muestra un lugar en que cualquiera quisiera estar. Es tan real, es tan deseado, que los presos pasan horas mirando esa pared. Al otro día la pintaron de nuevo de gris.

Los presos pasan horas mirando la pared: allí ven aún la ventana y detrás de ella sus familias, una casa, un laburo, su nenito sonriendo, su mujer llorando de alegría, un perro, un jardín, la vieja preparándole un mate...

Mate y galletitas.

A veces el flaco raquítico del 5to depto, que es padre soltero, lo invita a comer, porque le cuida el pibe de vez en cuando.

Los gitanos del segundo piso siempre le llevan las sobras (benditas sobras, suculentas, riquísimas) de alguna fiesta o reunión.

La familia numerosísima de bolivianos que ocupan la planta baja y el primer piso lo invitan sin falta a los asados nocturnos de los jueves y la doña siempre le lleva verduras y hojas de coca “para que no se canse mientras está en la calle, buscando tanto tiempo un trabajo”.

Javier es un buen pibe. La casera lo quiere, pero teme a dónde pueda ir a parar si no consigue laburo.

—Volverá a su pueblo —dice la tía solterona del segundo, que vive enfrente de los gitanos.

—No creo, allá dice que era muy triste.

—Pos aquí también.

Lo miran entrar, cada vez más cansado, los ojos apagados, la bronca atrapada en la boca casi blanca y con la última esperanza colgando de su carpetita sin más currículums.

En la villa tiran, tiran, tiran.

La policía está haciendo “limpieza”, hay que hacer quedar bien al gobernador de turno y que la “gente bien” vea (crea) que se la cuida.

Seguramente encontrarán a narcos que eran antes pibes del secundario de la otra esquina, que jugaban todos los jueves al fútbol en la canchita de la poca escuela que les quedaba sin caerse.

Seguramente atraparán a un peligroso violador, que en realidad antes era un cartonero que salía todas las noches a laburar para que sus hijos pudieran ir a la escuela sin tener que salir ellos por detrás del padre.

Y seguramente, caerá un laboratorio de paco, con kiosquitos incluidos, todos ubicados en la casa de la madre del puntero del gobernador anterior.

Bienvenidos al espectáculo, hoy con ustedes algo antes visto, poco original, pero con la emoción de siempre: sangre, drogas y mafia... justo dónde no está.

Ésta es la policía que protege a los ciudadanos... de la parte “sana” de la ciudad.

Han caído Abel y Danilo, dos amigos desde la infancia. Uno estudiaba, el otro hacía pan con su madre todos los días para vender; seguramente serán para la prensa los ladrones “profesionales” que entraron la semana pasada al country cercano.

Y más allá Don Evaristo, el culpable de gritar “asesinos hijos de puta” (en los diarios dirán que era un peligroso ladrón de guante blanco), será golpeado con las culatas de las ithacas al son de la respiración forzada de un cerdito vestido de azul.

En la villa tiran, tiran, tiran.

Y con la sangre de los caídos, rápidamente se escribe en un muro detrás de la escuela: respira mientras puedas tu libertad “autorizada” para crear terror, que terror te va a dar mirar a los ojos de la miseria que sembraste.

El sargento mira el dibujo debajo de la frase y se ríe.

Un montón de chicos lo observan, con los ojos rodeados de negro, las bocas abiertas en un gesto de dolor, las manos pidiendo que paren, que se detengan, algunos de pie, otros de rodillas.

El sargento se da vuelta, con una sonrisa en los labios, pero sus compañeros de azul están pálidos y han bajado–tirado las armas.

—¿Qué mierda les pasa, manga de pelotudos?

—Es que... —Rodríguez resopla, sin aire— Es... que...

El sargento parece perder la paciencia, pero Solares se adelanta.

—Son nuestros hijos... son las caras de nuestros hijos...

El sargento se acerca un poco más, es medio chicato (pero tira a un cuerpo en movimiento como nadie).

Y ahí, en medio de un par de pibes chiquitos, Lorena, su nena de ocho años, lo mira con horror.

Ese día salieron de la villa cagando, a los pedos, volando.

Javier sabe que tiene los días contados en esa pensión—conventillo en la que vive.

No gana lo suficiente con las changas que logró agarrar gracias a Jaime, el marido de la doña. Apenas si juntó para unos días más y no gastó ni un peso en comida.

Se sentaba en el patio de comidas del centro comercial cercano, haciéndose el que leía atentamente unos apuntes recontraremarcadísimos y así lograba comer lo que dejaban otros. Un pedazo de hamburguesa, un par de ravioles, unas papitas sueltas, un pedacito de pizza.

Al quinto día, mientras “leía”, un pibe de su edad (limpieza del lugar) se acercó con una bandeja llena de restos.

—En el vaso hay ese jarabe horrible y negro, pero bue, algo es algo —y siguió de largo.

Javier lo miró con los hombros bajos y casi se larga a llorar.

Todos los mediodías, menos los días de franco movable, el pibe le llevó la bandeja.

Un día el chico no fue. Otro día tampoco.

Javier se acercó tímidamente al guardia y le preguntó por un flaco alto, así y asá con ojos de tal color y pelo asá.

—Le mataron al hermanito en un tiroteo entre policías y narcos. Dicen que era ladrón, que había entrado a un country... —el guardia frunció la boca— Pero no me lo creo. El pibe estudiaba como una luz y este flaco laburaba para pagarle los materiales y las fotocopias y la comida a él y la madre. No me lo creo... —lo miró con los ojos

encendidos de bronca– Vivían en la misma villa donde yo vivo, pero yo estoy cerca de una calle transitada, así que los policías no revisan por ahí... pero... los conocía... Buenos pibes... yo... –miró a otro lado– Vení a comer cuando quieras, yo te ayudo.

Javier atravesó la calle con un nudo en la garganta.

Cerca, en las paredes del teatro provincial, habían pintado a un grupo de pibes que bailaban en ronda y debajo de ellos decía: no vamos al cielo, vamos a donde queremos, la calle es nuestra.

Una mujer lloraba al frente del mural. Deja una flor en el piso y Javier la ve alejarse.

Vuelve a mirar el mural.

Un pibe decía “no te rindas”, otro decía “por tus sueños” y otro “por tu libertad” y una chica sonreía y en su remera decía “por nosotros”.

—No te rindas... –murmuró Javier y volvió pateando, lentamente.

En la pensión la casera lo recibió con una sonrisa:

—Qué bueno que pudiste juntar para quedarte otro mes.

Javier le sonrió y siguió, sin decir nada, sin entender nada.

En su habitación había plata y en una bolsa de super un paquete de fideos, uno de arroz y otro de polenta.

La casa de gobierno amaneció pintada, por dentro y por fuera.

En el mural del exterior un rey enorme era aplastado por un montón de pequeños seres: y tu reinado del terror se va a terminar y a vos nadie te va a ayudar, te vas a querer matar, cuando a nosotros nos veas volar.

Las paredes de adentro denunciaban a varios funcionarios: éste estafó a tales personas, ésta tiene tantas casas por robar esta plata, éste robó leche de tal comedor infantil, éste mandó a asesinar a tal otro para ocultar tal cosa, quien trabaja en este despacho adora a los niños (y penetrarlos), tal otro estafó a su propia madre, ésta tiene dos hijos con retraso mental y los esconde en una habitación sin ventanas y los golpea, éste otro tortura perros en su tiempo libre...

Casa de gobierno era una locura.

La gente corría, se reía, lloraba, gritaba de bronca, de horror, de indignación.

Las cámaras filmaron el circo, porque el circo buscaba y no hubo

policía que detuviera a los curiosos que entraban a mirar.

Los “libres de culpas” subieron fotos a sus muros, videos a sus redes, descripciones y comentarios a sus allegados.

Javier estaba cerca para averiguar en el ministerio del trabajo si había algo o existía algún programa o... pero no podía acercarse, la zona estaba asegurada.

—Esta vez no se nos escapa –dijo un cana que pasaba cerca de él.

—Qué quilombo, qué quilombo más hermoso... –decía una estudiante a otro pibe.

—Otra vez no... ¿cómo hace? –preguntó un tipo de traje a una mina bien vestida.

Javier se acercó al bar de la esquina. El mozo estaba afuera, entre las mesas vacías y miraba el espectáculo con una sonrisa, pero se dio cuenta de que Javier buscaba explicaciones en alguien.

—Hay una leyenda urbana... –dijo el mozo sin esperar preguntas– que dice que existe un ser que atraviesa paredes y pinta y escribe con todo lo que tiene a mano. Y pinta y escribe para los corruptos y les muestra sus vergüenzas. Y pinta y escribe para nosotros y nos destroza con la realidad o nos da fuerza para seguir adelante. Y dicen que es una piba, una bruja y que alguien alguna vez dijo que su nombre es Leonor. Y Leonor se las buscó grandes esta vez...

—Leonor...

—Sí, la bruja que lo dice todo.

—¿A vos te ayudó alguna vez?

El tipo, de unos treinta años, medio golpeado por la vida y con un rostro amable, lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Hace dos años al frente de mi casa apareció pintado un moisés con un par de manitos que salían y alrededor decía “ya viene la luz de las noches, el que te despierta y te caga y te llora y se ríe” –le sonrió–. Supuestamente mi mujer no podía tener hijos, pero casi un año después llegaba Dieguito. El hijo de mil no me dejó dormir hasta que cumplió seis meses y posta que apenas nació me cagó enteros los brazos... –empezó a reírse– Flaco, andate a tu casa que se viene el baile –y entró al bar.

La montada, la división canina y los tipos con escudos se acercaban a casa de gobierno.

Uno que salía del edificio pasó mascullando “mejor que traigan pintores, porque esa mierda no se sale con nada...”

Días después se decía que Leonor no había pintado las paredes, había pintado completamente cada uno de los ladrillos del enorme edificio.

—Leonor...

No te rindas. Cambiá TU mundo para cambiar nuestro mundo. Sabés lo que no querés, pero no te animas a decir lo que querés.

—Leonor... —murmuró Javier.

Un día agarró un enorme cartel de publicidad del intendente de turno, que encontró medio arrancado de su soporte. De cada oficina de tarjetas, seguros, viajes, supermercados, robó una lapicera.

A la semana había terminado.

Una tarde apareció colgado en el medio del patio de la pensión—conventillo un cartel enorme que decía “los ángeles no existen, para eso están las personas que comparten su vida conmigo” y una reproducción exacta del patio interior con cada uno de sus personajes.

Hasta el ortiva del tercero, que de vez en cuando le dejaba un cigarro en la ventana a Javier, se puso a llorar de la emoción.

La solterona del segundo le mostró una foto del dibujo a un amigo, que a la vez se la pasó a otro amigo, que llegó a un tipo que quería pintar un muro de un centro cultural que regentaba. Cayó a la pensión con la plata del alquiler del mes y la propuesta.

—Va a ser muy grande, porque mirá que es EL Señor Muro.

Javier empezó a reírse de alegría.

Al poco tiempo ya trabaja en los barrios, pintando murales en las escuelas y las casas de quienes se lo piden y le pagan con lo que tienen. Javier es feliz.

La ciudad está en silencio, es de madrugada y cae el rocío.  
Apenas se ve cómo el sol va clareando el techo del mundo.  
Silencio de los autos, de los borrachos, de los perros.

Sólo se escucha el viento atravesando una pollera de múltiples telas y el tintinear de unas campanitas, cascabeles y pequeñas cosas de metal.

Javier se da cuenta de lo que captan sus oídos y levanta la vista, mientras camina por un pasaje vacío.

Silencio del mundo.

Se escucha de nuevo el viento entre la ropa, como si flameara una enorme bandera y el tintinear de llamadores de ángeles.

Olor a coco y almendras.

Dobla la esquina, llegando a la pensión, y ve una chica que corre delante de él y se aleja, envuelta en un cabello larguísimo y marrón, en telas que se mueven alrededor de ella, en sonido de cascabeles y llamadores de ángeles, con olor a coco y almendras.

A un costado de la puerta de la pensión Javier respira el olor a pintura fresca y se llena los pulmones de alegría: Leonor ha dibujado una ciudad podrida y perdida y debajo de ella el reflejo de una ciudad de colores y personas. Al revés dice: las entrañas de la ciudad oculta esperaban tu arte, bienvenido.

Había pegado un par de laburos más pintando murales, adelantando un par de meses más el pago de la pensión.

Durante sus acercamientos al mundo cultural clandestino había descubierto que la vieja de pelo rojísimo que vivía en la planta baja de su pensión, en el departamento más apartado, era escritora y admiraba sus murales. Se animó a leerle algo, pero la vieja no le dijo nada esa primera vez.

Javier intentó días después una segunda y una tercera vez y le leyó sus mejores historias.

Al cuarto intento y al cuarto cuento que le leyó le preguntó:

—¿No le gusta ninguno?

—Si te digo que me gustan te vas a agrandar y no vas a leerme ninguno más.

Javier sonrió y volvió a escribir, después de años...

Llovía a baldazos y por suerte ya no fumaba.

Disfrutaba que el agua le llegara hasta la mitad de las pantorrillas...

agua que no podía meterse en las tapadas arterias de la hedionda ciudad.

Sonrió, cerrando los ojos, elevando el mentón para que el agua le mojara bien el pelo.

Sonrió porque todos se habían refugiado y él recibía sin reparo la lluvia del mundo que lamía la sucia ciudad.

Siguió caminando lentamente, admirando la ciudad cada vez más pintada.

Miró alrededor suyo y en un poste lo esperaba una señal: No te rindas.

Su sonrisa se hizo más grande, casi saltó de alegría, hasta creyó escuchar el hermoso tintineo de unas campanas.

—Tonto –le dijo una voz cercana, una voz de mujer pequeña–. Va a caer piedra y vos levantando el hocico y sonriendo como pavote.

Se dio vuelta y se encontró con unos ojos oscurísimos, con las cejas bajas y el ceño fruncido.

La chica era pequeña de estatura; si la abrazaba, su pecho se encontraría con aquella cabeza llena de rulos, rulos larguísimos que llegaban hasta el piso.

Toda ella tintineaba, llevaba campanitas y cascabeles atados a las manos, la ropa, el pelo, y hojas de árboles, y flores, y dijes con formas hermosas.

—Tonto, tonto, vamos, que viene piedra, ¿no ves las nubes negras?

La siguió por el callejón que estaba detrás de ella y en la oscuridad sólo podía distinguir un revuelo de telas y el tintineo de campanitas.

Ella abrió una puerta al final de un callejón que no conocía. Desde adentro salía olor a pan, especias, menta y óleo. Y luz, mucha luz cálida...

Él volvió a sonreír.

—Leonor...

Ella levantó las cejas, sin sorpresa, como quien simplemente levanta las cejas.

—Dejá de decir obviedades y metete que sos un trapo de piso.

Té de menta y peperina para dos y un toallón gigante para Javier.

A los pocos minutos se escuchó caer piedra helada desde el cielo.

El lugar parece moverse solo. Es como una fábrica abandonada, porque tiene techos altísimos, pero ambientada como casa de hobbit, con detalles de elfos y un rincón muy Blade Runner, otro rincón de

Jardín de las Delicias, con bibliotecas enormes y largas, con un sillón y su propia lámpara, una foto enorme de Cortázar y su gato por allá, otra foto de Soriano por acá, Galeano agarrándose la frente, Mort Cinder, Marv, Sandman y otros en una pared y la cocina está sacada de algún cuento de brujas: un caldero, muchas especias y botellas con líquidos de varios colores, a un costado un aparador en el que reposa un enorme libro de recetas abierto con un señalador de tela encima, arriba, una foto de dos personas que abrazan a una niña llena de rulos.

Toma la foto, una parece una mujer-hombre y la otra un hombre-mujer, en el medio la niña sonrío, las tres parecen iluminadas por algo más que el sol.

-Mi mamapa y mi papama. -dice con una galleta en la boca y le sonrío con los dientes llenos de chocolate. Él la mira confundido y deja la foto.

Tres o cinco gatos aparecen y desaparecen y de vez en cuando suena un llamador de ángeles o es ella, que suena y huele y sueña y se mueve como aquel lugar, toda ella, mientras sirve el té y lo envuelve en otro toallón seco.

—Si sos escritor, tenés que escribir, no trabajar en un call center o alguna porquería de esas... —decía Leonor, mientras le servía el té al joven extraño de nombre Javier.

—Es fácil decirlo...

—Es fácil no hacerlo...

Javier se sintió como si le hubieran dado una cachetada bien sonora.

—¿Y qué voy a comer, aire?

—Vives comiendo aire, por la nariz... —dijo ella como si fuera lo más obvio del mundo.

El muchacho achicó los ojos y la miró con cara de “me estás cargando”.

—Sí, te estoy cargando —respondió ella sin mirarlo.

—¿Leés los pensamientos?

—Sólo de las personas predecibles.

Se le pusieron las orejas rojas y se quedó callado, tomando su tecito.

Ella se sentó delante de él con su bebida mentolada y sus ojos muy oscuros, fijos, encima de él.

Notó que detrás de ella un par de gatos también lo miraban de la misma manera.

—Querés algo más que pintar y pedís un trabajo de mierda, con una actitud de mierda, así solo vas a lograr mierda.

Javier apretó los dientes.

—Pero en realidad no sabes qué querés, por eso no sabés ni quién sos...

—¿Y vos sí sabés quién soy?

—Sólo un borrón de tinta y café perdido en una servilleta de un bar. Porque eso es lo que quedó después de que tu vida en el pueblo te acabara, te matara por dentro.

Javier pensó en levantarse e irse de ahí, ofendido, pero algo más lo retenía... aquella mirada y aquellos gatos mirándolo igual que ella.

Desespera la ciudad que no te abre los brazos, la vida de mierda que te tocó, el esfuerzo de la rutina, el no saber para donde rajar ni qué mierda hacer ni poder respirar.

Desespera despertarse llorando, todas las noches, porque te has olvidado tu nombre, tu rostro y tu esencia en algún sueño y no sabés quién sos.

Desespera no encontrarte y que te estés ahogando y nadie vaya a darte una mano para sacarte de ese pozo de mierda.

Desespera que estés rodeado y a la vez tan sólo y que la gente que debe o debió cuidarte y curarte sólo espera que te rompas un poquito más en el esfuerzo de hacer las cosas bien, los ejercicios bien, la vida bien.

Desespera que cuando alguien quiera ayudarte sólo des vuelta la cara pensando que no necesitás ayuda, pero el mundo se te desarma alrededor y se tambalea la última baldosa en la que estás parado...

Desespera que seas tan desesperante (y pelotudo).

Javier se desesperaba de sí mismo y de su estupidez.

Ella tenía razón, pero no lógica.

—Nunca tengo lógica –murmuró Leonor acariciando a un gatito pequeño que había salido de algún agujero negro oculto.

—Pero tenés razón...

—Algunas veces... –dijo dejando al gatito en el piso y sonriéndole.

De repente se levantó a bailar alguna canción interna, dando vueltas y tintineando, riendo como una niña y batiendo palmas.

Lo miró sonriendo y abrió los brazos.

—Vamos a pintar el mundo.

Levantó la mirada de su té, confundido, sorprendido, aunque su corazón comenzó a latir a mil y sintió un volcán que le subía a las mejillas.

—¿Qué?... –preguntó con un hilito de voz.

—Lo que escuchaste, si no, no te hubieses puesto tan colorado.

Silencio. Tensión. Él le clavó los ojos, sin ninguna expresión en el rostro. Ella se mantenía con esa cara de piedra, mezcla de cara de ojete y de jugador de póker.

—Estás muy loca.

Ella levantó los hombros.

—Obviedades, de nuevo.

—Bastante loca... me asustás.

—Entonces no entiendo para qué me buscaste.

—Yo no te busqué.

—Entonces no entiendo qué haces acá –dijo ella, simplemente, como si fuera lo más natural del mundo.

Él se mordió los labios, se sentía un gato enjaulado, un niño al que cagaron a palos en el recreo.

Empezó a mirar las paredes, las cosas, los detalles de aquel lugar que se movía solo.

Leonor levantó las cejas.

—No sé... yo...

—Sí, se nota que como todo el mundo sabés lo que no querés, pusiste tus límites, les dijiste a todos “esto no me gusta”, “aquello no me cabe”, “a mí me parece caca aquello” –Leonor lo miró con una media sonrisa burlona–. Pero no sabés realmente qué mierda hacer con tu vida, por lo tanto no sabés quién sos, por lo tanto estás en un limbo de mierda porque no admitís que lo que realmente querés es escribir y pintar y dejar que la vida te deje de meter a la fuerza en un sistema en el que no cabés, porque tu cabezota es muy grande y tu alma demasiado ruidosa y tus palabras desagradables para oídos burócratas y tus pinturas insensibles ante los ojos de las señoras “bian” –se dio vuelta,

revolvió un cajón de un escritorio enorme y le tiró algo a la mesa. El té salpicó la madera oscura.

Él, ofendido, no sabía bien por qué, se levantó y tomó la bolsita tintineante que ella le había arrojado. Se dio media vuelta y se fue.

Leonor, en cuanto Javier salió de la habitación, comenzó a reírse con una carcajada de bruja horrible, heredada de su bruja madre.

Delante de él un cuaderno de hojas blancas. Una taza de café a un lado, varios lápices del otro. La bolsita tintineante a un costado. Los cascabeles que la cerraban se movían solos y hacían un ruidito apenas perceptible.

Javier mira la hoja en blanco y sabe lo que quiere: quiere pintar.

Bien, primer paso, admitir que la pintura no alimenta ni paga la pensión, ni la yerba siquiera.

Vuelve a mirar la hoja en blanco y sabe lo que quiere: quiere escribir su historia... y la historia de su hermana e inventarle una mejor trama y otro final.

Bien, segundo paso, admitir que la escritura tampoco alimenta ni paga la pensión.

Mira la hoja en blanco y vuelve a saber lo que quiere: quiere de alguna manera darle luz a la ciudad podrida o a sus rincones que pudren los que ya están podridos en guita, en banalidades de perritos caniches y seda rosa, en la “buena vida” y la poca vivencia.

Bien, tercer paso, admitir que le va a escupir una gran parte de la sociedad... y que eso no alimenta ni paga la pensión.

Mira una última vez la hoja en blanco y vuelve a saber lo que quiere: se dibuja libre, con su madre y su hermana como pájaros que resurgen a sus lados y filetea un mundo nuevo, un mundo que quiere cambiar, su mundo, para ser feliz y poder hacer felices a otros y ayudar al pibe de la cárcel, a la madre del chico asesinado y a su hermano, a la doña que es tan buena y a la tía solterona que es tan amable y a su vieja madrina de la escritura, su hada madrina, que vea su primer libro publicado y...

Dibuja para ellos, escribe recuerdos inventados, reales, hermosos, los hace volar, los llama y los invita a ser parte del papel, los dibuja y

los libera, los vuelve inmortales, se inclina ante ellos, ante su barrio dolido, la villa baleada, los chicos y chicas que pintan las paredes junto a Leonor y hablan lo que otros callan y...

Comienza a correr la leyenda de un joven que ilumina los rostros de los niños que quieren pintar un nuevo mundo, de los jóvenes que quieren expresar sus ideas, de los barrios que buscan su identidad, de los viejos que quieren dibujar luz y sueños.

Que enseña en los barrios, que cambia el mundo de a poquito, muy poquito, el suyo y el de aquellos a los que abraza.

Dicen que alguien lo llamó Javier.

Y dicen que alguien lo vio escapando a una velocidad de magia, deteniéndose en una esquina, besando una bruja que tintineaba y revoloteaba rodeada de trapos y cabello oscuro, que ambos pintan el mundo y atraviesan paredes.

Que pintan muchas verdades.

Que levantan la ira de los reyes que pronto caerán.

Que levantan las voces de las paredes, imprentas del pueblo.

Y que en realidad no existen... que en realidad ellos son nosotros, que él o ella sos vos que pintás y escribís tu mundo, nuestro mundo, para cambiarlo por uno mejor.



# INDICE

LA NIEBLA 1: AROMA A MANZANA .....	PÁGINA. 9
LA NIEBLA 2: LA SAVIA DE LOS SIGLOS .....	PÁGINA. 15
EL FRUTO PROHIBIDO .....	PÁGINA. 21
LA RESURRECCIÓN DE TUNAY .....	PÁGINA. 31
CUANDO LAS MUJERES DESPIERTEN .....	PÁGINA. 41
LA MALDICIÓN ROTA 1: LAS PALABRAS .....	PÁGINA. 51
LA MALDICIÓN ROTA 2: LAS DECLARACIONES .....	PÁGINA. 59
EL RITO .....	PÁGINA. 63
EL PERRO NEGRO .....	PÁGINA. 65
EN LA COCINA .....	PÁGINA. 77
UNA TORMENTA .....	PÁGINA. 81
LA CASA DE EVA .....	PÁGINA. 93
SU MÚSICA .....	PÁGINA. 103
ELELLA .....	PÁGINA. 109
PALABRAS PINTADAS EN EL SUEÑO DE LEONOR .....	PÁGINA. 113

UNO INTUYE LA MAGIA EN ESTAS PÁGINAS. LA HUELE Y LA VE (O CREE VERLA, A VECES) EN TODAS PARTES. LA VENGANZA Y LA PRIMACÍA DE LA MUJER NO SON EL VERDADERO MENSAJE DE ESTE LIBRO. EL VERDADERO MENSAJE DE ESTE LIBRO VA POR OTRO LADO; ES AQUELLA NIÑA ATERRORIZADA POR SU MUERTE INMINENTE QUE BUSCA SALVAR SU VIDA HACIENDO LO QUE MEJOR SABE: CONTAR HISTORIAS. VA POR EL LADO DE UNA MUJER AUTÓCTONA DE NUESTROS SURES, ARRANCADA DE TODO Y TODOS, VIOLENTADA HASTA EL MÁXIMO Y A LA QUE TAMBIÉN LA HAN DESPOJADO DE LAS PALABRAS, MENOS UNA: ¡BASTA!

ES LO QUE GRITAN (CON LA BOCA, LOS OJOS, LOS PUÑOS O LOS GESTOS) LAS BRUJAS DE ESTE LIBRO. UN LIBRO QUE OBRARÁ SU MAGIA DE A POCO, ADENTRÁNDOSE EN TUS RECUERDOS EN FORMA DE OLORES, SABORES, SENSACIONES Y, SOBRE TODO, ESA HERMOSA Y DESCONCERTANTE SENSACIÓN DE FAMILIARIDAD, DE QUE ESTO YA LO LEÍSTE, LO VIVISTE O TE LO CONTARON.



Contamusa